

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1869. — TOMO XXXIV.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administracion general, passage Saulnier, número 4, en Paris.

AÑO 28. — N° 860.

SUMARIO.

Promulgacion de la Constitucion española; grabado. — **Usos y costumbres.** — **Poesia.** — **Desórdenes en Paris;** grabado. — **M. Ferry;** grabado. — **Exposicion y congreso de horticultura en San Petersburgo;** grabado. — **Revista de Paris.** — **De la educacion considerada en sus relaciones con la salud y con la sociedad.** — **La Exposicion de Bellas Artes de 1869;** grabados. — **Manuela.** — **El cable trasatlántico francés;** grabados. — **Procesion conmemorativa de la peste en Marsella;** grabado. — **La Hamisela del castillo.** — **Las aguas del gran colector;** grabado.

Promulgacion

DE LA CONSTITUCION ESPAÑOLA.

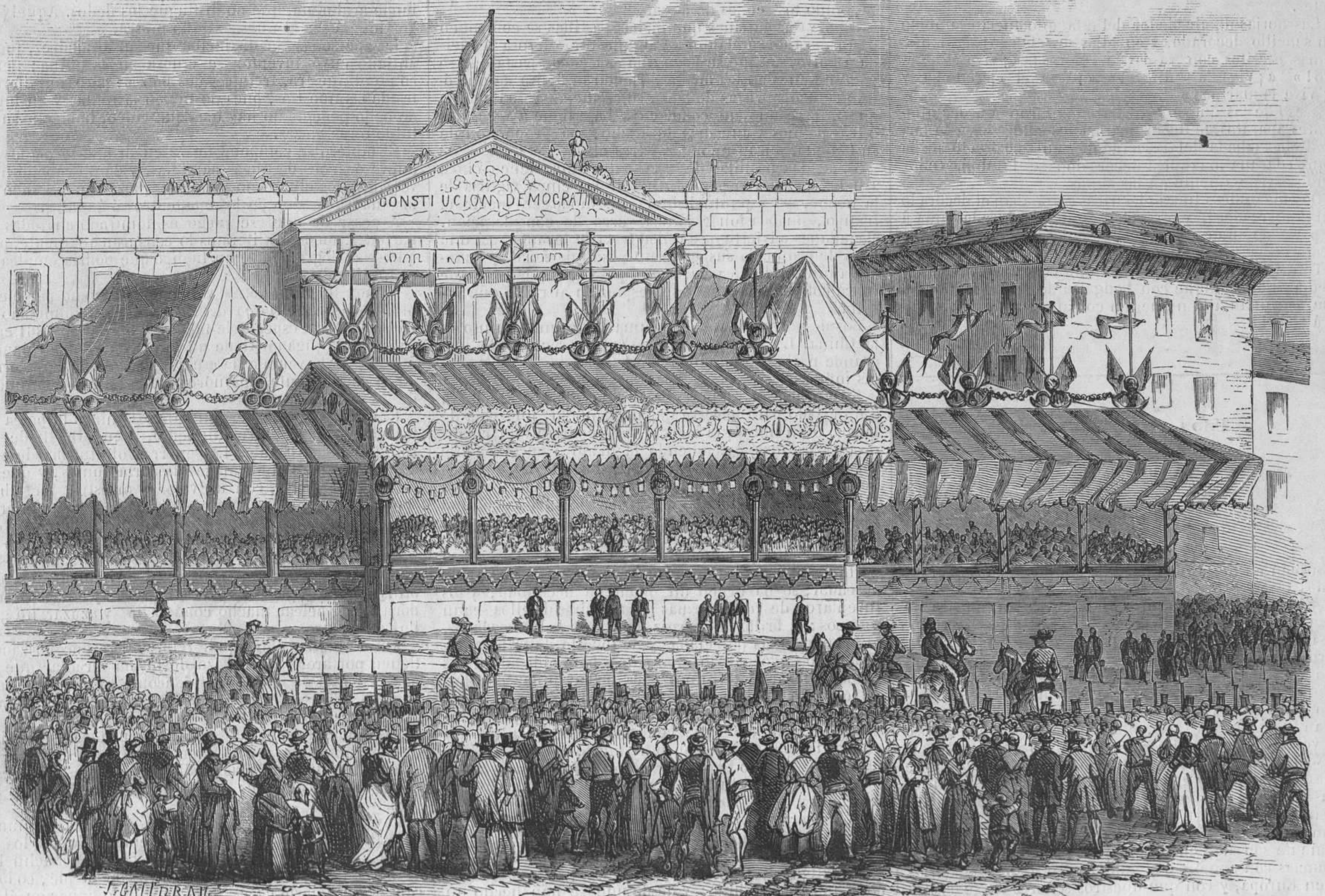
El 6 de junio ha sido un dia memorable para España. La nueva Constitucion tan laboriosamente discutida en las Córtes, fué promulgada en este dia con la mayor solemnidad.

La fachada del Congreso presentaba á las dos de esta tarde un aspecto animado y pintoresco. Delante del ves-

tíbulo, y prolongándose á uno y otro lado, hasta las calles de Florida Blanca y del Florin, se habia construido un gran tablado cubierto con un toldo, adornados uno y otro con profusion de telas encarnadas y amarillas, guirnaldas, escudos, gallardetes y faroles de colores para la iluminacion de la noche.

En los alrededores del Congreso y dentro del local, habia ya con anticipacion bastante concurrencia, que esperaba el momento de que se abriera la sesion.

Abierta la sesion á las dos menos cuarto, dijo el señor presidente:



MADRID. — Promulgacion de la Constitucion española.

« Conforme á la órden del día, las Córtes pasan en corporacion al pórtico de este palacio para promulgar la Constitucion democrática, y en seguida volverán á este salon para recibir el juramento al poder ejecutivo. »

Acto continuo salió el señor presidente, precedido de los maceros y seguido de los señores secretarios y diputados, y llegados al pórtico del palacio, donde se había formado una extensa y elegante tribuna, en cuyo centro estaba colocada la mesa de la presidencia, tomó asiento el señor presidente, á su lado los señores secretarios Llano y Persi, Sanchez Ruano y Carratalá, y en las sillas que les estaban destinadas los señores diputados.

Las primeras sillas, á la derecha de la presidencia, fueron ocupadas por el poder ejecutivo; las de la izquierda por la comision de Constitucion, y las demás por los señores diputados.

En ambas alas de la tribuna tomaron asiento: el cuerpo diplomático, el Consejo de Estado, el Tribunal Supremo de Justicia, la Audiencia, las corporaciones militares, científicas y literarias, la diputacion provincial y ayuntamiento de Madrid, y las comisiones y representantes de las diputaciones, ayuntamientos y milicia ciudadana de toda la Península.

Despues de un breve rato, prévia la venia del señor presidente, se adelantó hácia el frente de la tribuna el señor secretario Llano y Persi, y dirigiéndose al inmenso gentío que poblaba la plaza, leyó en alta y clara voz la primera parte de la Constitucion votada definitivamente por las Córtes, habiendo leído la segunda el señor Carratalá.

Terminada la lectura, dijo

El señor presidente: Como presidente de las Córtes Constituyentes, declaro en su nombre solemnemente promulgada la Constitucion democrática de 1869.

Concluida esta ceremonia al grito entusiasta y unánime de ¡viva la Constitucion! volvieron al salon los señores diputados, y ocupando sus respectivos asientos se juró la Constitucion democrática de la monarquía española.

Terminado este acto se levantó la sesion, y desde el tablado el gobierno y los convidados presenciaron el desfile de las tropas, que duró hasta las tres y media. Desfilaron primero los voluntarios de la Libertad y despues las fuerzas de la guarnicion. Al pasar por delante del tablado, los jefes y oficiales daban un viva á la Constitucion, que era contestado por sus subordinados.

Por la noche hubo fuegos artificiales y brillantes iluminaciones. La concurrencia á los fuegos, que tuvieron lugar en el Retiro, fué numerosísima.

El embarcadero estaba profusa y elegantemente adornado con multitud de luces y faroles á la veneciana, extendiéndose la decoracion por la parte del reservado en todo el frente del estanque.

Góndolas lujosamente iluminadas surcaban el agua, conduciendo bandas de música y soltando vistosos cohetes.

Las norias de alrededor del estanque lucian tambien un sencillo decorado, y en ellas se leian los siguientes lemas escritos con vasos de colores: « ¡Viva el pueblo! » « ¡Viva la milicia! » « ¡Viva el ejército! » y « ¡Viva la marina! »

A eso de las nueve y media empezaron á arder diferentes aparatos de fuegos artificiales colocados á lo largo de la fachada del reservado, y en el costado de la izquierda una magnífica decoracion se iluminó, reflejándose vistosamente en las aguas.

Dos magníficas luces eléctricas coronaban el decorado del embarcadero, y otras dos estaban colocadas una á la parte de afuera, y otra á la de dentro del patio de la Armería.

Terminados los fuegos, se iluminaron los paseos inmediatos al estanque con bengalas de variados colores, que permitian á la numerosa concurrencia dar la vuelta á Madrid.

Usos y costumbres.

LOS CHINOS.

(Continuacion.)

Si bien en todos tiempos han sido los chinos amantísimos y aun delirantes tras los olores y perfumes, no es de extraño, puesto que su país se los suministra en gran cantidad y de toda especie; forman pastillas olorosas y ciertos palitos que son una especie de cirios, pero de color moreno, y cuando quieren perfumar los aposentos, plantan tres ó cuatro en una vasija llena de arena fina, y encendiéndolos despiden un olor aromático; mas su luz es apagadiza, lo que importa poco, no estando destinados á eso, pues para alumbrar hacen uso de velas, cirios y aceite como los europeos.

No conocen los chinos el uso ni la fabricacion de nuestras hermosas tapicerías: las de que se sirven los mas ricos son de raso blanco, en el que están pintados pájaros, flores, paisajes, etc., y á veces están escritas con grandes caracteres algunas sentencias morales que regularmente son algo enigmáticas: algunos hermosean sus estancias con aquel papel que en otro tiempo se ansiaba en Europa, y con que nuestros señores no se desde-

ñaban de engalanar algunos cuartos de su aposento; y los mas pobres se contentan con hacerlas blanquear.

Los chinos generalmente á nadie dejan entrar en sus dormitorios, y es empeño arduo llegar á ellos: las camas de las personas opulentas están colgadas en el invierno de cortinas de doble raso, y en el estío de un simple velo blanco recamado de flores, pájaros y árboles: la madera de esas camas está pintada, dorada y adornada de esculturas, y por lo que hace á la forma, difieren poco de las nuestras; se añaden á ellas saquitos de olor, un abanico y dos prendedores de cobre para sostener las cortinas.

El vulgo tiene en las camas cortinas de lienzo y rellenan los colchones únicamente de algodón. En las provincias setentrionales duermen en una cama de ladrillos, que es mas ó menos ancha, segun el mayor ó menor número de la familia, y la calientan por medio de una hornilla colocada á un lado, cuyo vapor se exhala por un tubo que se eleva hasta mas arriba del techo.

Cuando amanece, la cama parece una especie de sofá, en el que se sienta y trabaja toda la familia. En esta misma hornilla cuece el populacho la carne, y calienta el té y el vino.

Raras veces se ven espejos en los cuartos de los chinos, y los pocos que usan son generalmente de metal pulimentado, que, si bien tienen la propiedad de representar el objeto, se empaña este con cierto baño leve de amarillo.

Los expresados espejos son muy gruesos, y de consiguiente pesados, y los guardan en cajas forradas de tela para resguardarlos de la humedad, que altera con facilidad su tersura; con todo, hay sugetos que andan por las calles que tienen el arte de restituirlos con la mayor facilidad á su primitiva pulidez.

Estos son los espejos que colocan generalmente las mujeres en su tocador; pero el emperador posee espejos y cristales de todas calidades, que le trajeron de Europa en su palacio fabricado á la europea en *Yueng-Ming-Yueng*.

Los chinos, ya es sabido que no se valen de relojes para medir el tiempo, sino que en todas las ciudades del imperio se ven dos torres, una llamada *torre del tambor*, y la otra *torre de la campana*, que sirven para distinguir las cinco vigiliias de la noche, que son mas largas en invierno que en verano.

La primera vigilia empieza con un golpe de tambor, que se repite á intervalos pausados hasta la segunda, la cual empieza con dos golpes, que se repiten del mismo modo hasta la tercera, aumentándose proporcionalmente el número en las vigiliias siguientes.

Al amanecer se puede saber á cualquier instante la hora que es: todo esto se lee en la relacion de Magallanes y en las Memorias del P. Le-Compte. Navarrete nos refiere, en su descripcion de la China, que los chinos hacen unas pastillitas de perfumes de forma cónica que se encienden de noche, y ardiendo indican las horas como los relojes de agua.

Observa Magallanes que dichas pastillas se componen de madera de sándalo ó de alguna otra oleosa reducida á polvo, de que se hace una especie de pasta que se pone despues en las formas. Tienen la figura de un rótulo cónico, y vistas de lejos, se asemejan á una cuerda que va cercando un cono, cuya base tiene á veces dos ó tres palmos y aun mas de ancho, y á proporcion de su tamaño, duran uno, dos y tres dias.

Todas las pastillas de esta naturaleza tienen cinco señales que sirven para distinguir las cinco vigiliias de la noche, y es puntualísimo este modo de medir el tiempo, sin ocasionar jamás yerro de consideracion. Magallanes advierte que quien trata de levantarse á una hora determinada suspende un pesito de señal, y cuando la lumbré lo alcanza, cae el peso en una fuente de cobre colocada debajo, y se despiertan al ruido que resulta.

Los despolvoreadores de plumas están muy en uso en la China. La indole, inclinaciones y recreos de una grande nacion se perciben, dice Cibot, hasta en las cosas ínfimas.

En Europa, las mujeres, y aun los hombres, llaman á un criado para hacerse dar un pañuelo, una caja de tabaco ó un libro que ellos mismos podrian tomar dando un paso mas, extendiendo la mano ó encorvándose un poco; pero en la China la gente fina de entrambos sexos toma sin titubear un despolvoreador, y ellos mismos sacuden el polvo que han visto encima de una mesa ó de cualquier otro mueble.

Siendo una consecuencia de la educacion de los chinos el esmero que dedican al aseo, lo constituyeron parte de su instituto, y por esta razon hasta el despolvoreador, se ha hecho un objeto de necesidad, y los inventaron de varias formas para servirse de ellos segun los usos: el brillo del barniz, la finura de los bordados, el primor de las porcelanas y de todo lo de trabajo delicado que adornan los aposentos, han obligado á los chinos á idearlos finísimos para poder quitar de ellos el polvo sin correr peligro de deteriorarlos.

La soledad de las mujeres en sus aposentos, la entrada en los gabinetes que conceden con dificultad los empleados y literatos, han introducido el uso de dichos plumeros, y luego la industria y el buen gusto, el antojo y la moda, el lujo y la molicie los han variado, engalanado y hermoseado de tantas maneras que se podrian hacer con ellos un objeto de decoracion hasta para las salas del palacio imperial.

Estos plumeros entran en el número de las dádivas que la etiqueta, el respeto y la amistad han redoblado tantísimo en la China; y desde que se han hecho un

objeto de necesidad y de decoracion en todas las casas, importa mucho al Estado proteger este ramo de comercio y de industria.

De aqui se deduce que es de su interés que los mangos que se les ponen, las plumas de que están compuestos, sean objetos de lujo, y que una raiz rara, por ejemplo, una rama de árbol de figura extraordinaria, las plumas de un pájaro exótico y peregrino vengan á ser objeto del deseo de un hombre rico que puede pagar su valor y novedad.

Hay otro instrumento destinado para preservarse del polvo y las moscas, que denominan la *cola de caballo*, y consiste en un mango ligero, en el que están prendidas largas crines, y tienen los chinos cierta gracia en el modo de bambolear esta especie de instrumentos, pasándolos de una mano á otra con cierto garbo y maestría.

Los chinos guarnecen sus ventanas para que tengan la suficiente transparencia y dejen pasar libremente la luz, y que estén de tal manera cerradas, que los pongan á cubierto de las intemperies de la estacion.

Tambien se toman mucha molestia en la construccion de esas puertas, tanto por su posicion como por sus formas: añadiremos solo que cuando no pueden evitar el inconveniente de tener las puertas una enfrente de otra, ponen delante una especie de biombo de madera á fin de preservarlas de los espíritus malignos, oponiendo de este modo un obstáculo á su libre paso.

Por las leyes chinas están vedados todos los juegos, mas no obstante, son tan aficionados á ellos, que muchos quedan de todo punto arruinados. Siendo regularmente los mandarines, que fácilmente podrian dirigir al pueblo, los mas rematados en dicho vicio, usan de mucha tolerancia con sus inferiores, que, segun Nieuhoff, Le-Compte y otros, en padeciendo algun azar cuantioso, se muestran capaces de perder hasta sus mujeres é hijos, pues les permiten las leyes disponer de ellos con plena libertad.

Sus barajas, dice De-Guignes, son mas abultadas, pero menores que las nuestras, y son largas y estrechas: los dados están esmeradamente señalados como los de Europa, y los chinos los llevan siempre consigo, y se encuentran cuchillos en cuyo mango están embutidos los dados.

Cuando no tiene el pueblo naipes ni dados, recurre al *Me-Tua*, que es un juego de azar muy usado por los barqueros, y se ejecuta con los dedos: el puño cerrado vale por ninguno, y cada dedo vale por uno: el que es mano nombra cualquier número levantando la porcion de dedos que mas le acomoda: por ejemplo, si pronuncia seis enseñando dos dedos, deben responder los otros jugadores y levantar cuatro dedos para componer con los dos dedos del primer jugador el número expresado.

Los chinos están duchos en este juego y siempre gritan fuertemente: el que pierde tiene que beber vino ó aguardiente, y no cesa hasta que se encuentra de tal modo acalorado, que no distingue los dedos. Aquel juego viene á ser el nuestro de la morra.

Las personas de distincion juegan al ajedrez, juego antiguo cuyo inventor se ignora en la China; tiene, como el nuestro, treinta y dos piezas; pero son diferentes de las nuestras, pues no tienen la reina, y en lugar de ocho peones, no hay mas que cinco, habiendo sustituido otras piezas.

El tablero se compone de 72 cuadritos, formados de nueve órdenes de líneas paralelas, y de otras ocho transversales; los chinos no ponen las piezas en el vacío de los cuadritos, sino en los encuentros ó ángulos.

A pesar de que ese juego es admirado en todas las naciones, todos los literatos lo censuran altamente, porque se malogra con él un tiempo que podria emplearse con utilidad.

Tienen los chinos otros varios juegos, como por ejemplo, el llamado *juego del Doctor*, otro denominado el *Dominó*, y otra especie de tablero que contiene 361 cuadritos; cada jugador tiene un número de damas blancas ó negras, y la ventaja de ese juego consiste en acorralar al contrincante, enseñoreándose del mayor número de los cuadritos.

Es tambien una diversion para los chinos la pelea de los gallos, cuyo entretenimiento, segun Du-Halde, es comun en el Oriente. Las guerras obstinadas de esos animales, que están armados de cortaplumas, y que se baten hasta morir, con un valor y maestría increíble, son muy halagüeñas para aquella nacion, como lo eran en otro tiempo á los griegos y romanos, y aun hoy dia lo son en la Gran Bretaña. La destreza y el arrojé de un animal ufano como el gallo han inducido á hacer otras pruebas, que consisten en educar y amaestrar codornices, á pelear macho con macho, y azuzar un grillo contra otro.

Ambos insectos en aquel reto, al par encolerizados, tienen por arena un cedazo de forma circular que se pone encima de la mesa, y se acometen con tantísimo encono, que en sus disparados encuentros suelen arrancarse algun miembro.

Las apuestas que se hacen á la primera aparicion de los campeones en la arena acerca del éxito de su riña acarrear por lo mas pérdidas cuantiosas, y por esta razon están prohibidos dichos juegos, como todos los otros.

Hay juegos para todas las edades, y los mas comunes para la juventud tienen bastante semejanza con los de Europa. El primero es el rehilete, y los muchachuelos se ejercitan en detenerlo en el aire con el pié, codo y cabeza sin dejarlo caer. No es permitido poner en él la

mano, y lo vuelven á levantar, con mas destreza que nosotros, con la raqueta.

El segundo, es la peonza que se hace andar, girar y dormir con un látigo, como se practica entre nosotros; el trompo, el tejo y la pelota sirven de diversion á las diferentes edades.

El tercero es la cometa, cuyas formas son infinitamente mas variadas y elegantes que las nuestras, toda vez que están elegantemente pintadas de varias maneras, representando, ora alguna deidad sostenida por las nubes, ora aves de rapiña, mariposas y otros objetos curiosos.

La caza que solian acotar los señores en Europa, es casi un recreo igualmente feudal en la China: quien quiere tener la privativa hace encerrar mucha montería en su parque; mas es no obstante permitido precaver el daño de las mieses con la muerte de los animales que van á talar los campos.

La pesca es para los chinos un ramo de granjería mas que de diversion; pescan tambien con las redes y con el arco, pero tienen otras varias maneras que nos son desconocidas; tal es, por ejemplo, lo que se practica en ciertas provincias, valiéndose del pájaro *Lu-ve* ó *Le-u Tse*, á quien se amaestra á la pesca de los peces, como se enseñan los perros á la caza.

Al salir el sol se ven en los rios una gran porcion de barquichuelos con muchos de estos pájaros colocados en la proa: cuando el barquero golpea reciamente el agua con los remos, se arrojan las aves á ella, y con los peces en la boca vuelven á su señor, quien pasándoles la mano por el cuello, les hace vomitar hasta los pececitos que se habian engullido y quedan detenidos por un anillo colocado adrede para cerrarles la garganta.

Staunton nos cuenta que los ingleses, en su viaje á *Ham-Ho-Fo*, á la parte meridional del canal imperial, llegaron cerca del lugar donde él dice que el famoso pájaro pescador de la China, el *Lea-Tse*, está impuesto en el arte de agenciar á su amo una cantidad de pescado.

(Se concluirá.)

Poesía.

(Fragmento de un romance á Cervantes, leído por el señor Hurtado, en la Academia de conferencias y lecturas de Madrid.)

«Nació pobre á la verdad,
Huérfano cruzó la tierra,
Y le condujo á la guerra
La dura necesidad.
Sujeto á la estrecha ley
Y al rigor de la milicia,
Fué su norte la justicia,
Su amor la patria y el rey.
Por ambos con gran quebranto
Allá en Lepanto lidió;
Si mercedes no adquirió
Honra conquistó en Lepanto.
Que para eterna memoria
De su aliento soberano,
Ganó al perder una mano
Su mas noble ejecutoria.
Siguiendo su negro sino
Tras una y otra fatiga,
Tiñó con sangre enemiga
Las aguas de Navarino,
Como hidalgo y español,
Cumplió con lo que debía;
Y al tornar á España un día
En la Galera del Sol,
Cautivo y llevado á Argel
Sufrió dolores sin cuento; —
Y cállome aquí un intento
Que saben el cielo y él;
Que á no haber sido infecundo
Por culpas de un renegado,
Juzgo que el pobre soldado
Hoy fuera asombro del mundo.
Después de lances tan varios
Recobró su libertad:
¡Dios premie la caridad
De los padres mercenarios!
Esa celestial legion
Que, haciendo al infierno guerra,
Es la virtud en la tierra,
Gloria de la religion,
Tornó, pensando encontrar
Llenó su hogar de alegría:
¿Mas cuál su pesar sería
Viendo desierto su hogar?
Lloro con dolor profundo
La muerte de un padre anciano;
Pobre y ausente su hermano,
Sin madre y solo en el mundo.

¿Qué hacer? Con hondo clamor
Pidió amparo á cielo y tierra;
¡Mas cuánto se engaña y yerra
Quien pide al mundo favor!...
¡El mundo!... ¡Eterno ruido,
Vanidad y engaño eterno!...
¡Imágen fiel del infierno!...
¡Negra mansion del olvido!
¿Quién le demanda consuelo
Ni funda en él su esperanza?
— El consuelo no se alcanza
Sin la intervencion del cielo. —
Solo, pobre y sin abrigo,
Tornóse á Dios soberano,
Con la fe de un buen cristiano,
Con la humildad del mendigo.
Dios le señaló su cruz,
Trazóle su propia via,
Y él con gozo y alegría
Siguió el rastro de su luz.
Teniendo al hombre en muy poco,
Quiso, con osado acuerdo,
Hacer al mundo mas cuerdo
Con el ejemplo de un loco.
Vana empresa y ciego afán
Que el hombre enfermo y sin cura,
Vive en perpétua locura
Desde el pecado de Adán.
Por eso con rudo azote
El mundo le maltrató;
Y es que con ira se vió
Retratado en el *Quijote*.
Espejo cuyo cristal
Espanto y dolor inspira;
Que en él pintada se mira
La locura universal.
Porque ¡á quién no se le alcanza
Que en todo ser hay de loco
Del buen don Quijote un poco
Y un poco de Sancho Panza?

Desórdenes en Paris.

Con motivo de las segundas elecciones verificadas en Paris en los días 6 y 7 de junio, ha habido varias noches de tumultos en los que intervino primeramente la policía y después la tropa. De los periódicos judiciales que son los que traen mas detalles sobre estos desórdenes, vamos á tomar los datos que nos servirán para hacer una relacion de lo ocurrido en las noches en que el tumulto llegó á su apogeo.

El día 9 de junio, habiase reunido un gran gentío en el boulevard Montmartre, uno de los principales teatros del desorden. A eso de las diez, un grupo de unos cincuenta pilluelos empezó á recorrer ese boulevard, algunos cantando la Marsellesa y los que no sabian la letra de este himno tarareaban la música. A las diez y media continuaba el estrépito, los cantos, los silbidos y los gritos: entonces se situaron en la calle del faubourg Montmartre y en el boulevard de este nombre algunas partidas municipales.

A las once, todos los cafés y tiendas en estos sitios, estaban cerrados.

Una brigada de municipales rechazó á los perturbadores hácia la calle de Montmartre y les impidió la entrada en ella. Una compañía de la guardia de Paris ocupó una de las aceras del boulevard Poissonniere y un destacamento de caballería tambien de la guardia de Paris con sables envainados, se agrupó al través de dicho boulevard.

Los omnibús y demás carruajes eran dirigidos por las calles laterales, de modo que la calzada del boulevard quedaba completamente libre para que pudiera maniobrar la caballería.

A las once y media llenaban el boulevard Montmartre numerosos grupos, pero mas bien compuestos de curiosos que de gentes mal intencionadas. No se oian gritos mas que hácia la calle Montmartre y la calle des Jeuneurs.

A media noche la caballería hizo un movimiento de avance y ocupó la calzada entre los boulevares Poissonniere y Montmartre.

La infantería de la guardia de Paris formó por secciones y cerró las entradas de las calles Montmartre y Faubourg, quedando completamente interrumpida la circulacion en aquella parte del boulevard.

Varias patrullas de infantería y caballería recorrieron las calles de Faubourg y Montmartre.

En Belleville y en la plaza de la Bastilla ha habido graves desórdenes. Desde las ocho de la noche empezaron los tumultos en el primero de dichos puntos, motivando la intervencion de la policía primero, y después la de un numeroso destacamento de guardias de Paris de á pié y de á caballo.

Todos los faroles de gas del boulevard Belleville y del Faubourg del Temple fueron rotos. El kiosko de un

vendedor de periódicos, incendiado por los perturbadores produjo una explosion. El café de la Independencia fué saqueado. A las once y media se restablecia la calma; pero los municipales á las órdenes de los oficiales de paz y de los comisarios de policía, ocupaban el Faubourg del Temple y el antiguo boulevard exterior.

El boulevard del Temple estaba tranquilo.

En la plaza de la Bastilla han ocurrido escenas parecidas á las que hemos referido; pero los municipales y la guardia de Paris han podido mantener el orden.

Se han hecho numerosas prisiones. La *France*, por su parte, añade los siguientes detalles sobre estos sucesos:

A cosa de las diez de la noche el boulevard presentaba un aspecto animadísimo; pero sin indicios de turbulencia. Poco á poco la multitud fué haciéndose tan compacta que quedó completamente interrumpida la circulacion, tanto por las aceras como por medio del boulevard. Entonces empezaron á oírse los gritos de viva Rochefort y el himno de la Marsellesa. Cerráronse las tiendas, como tambien el pasaje de Panoramas.

En este momento y cuando la multitud era numerosísima, llegaron un batallon y un escuadron de guardias de Paris con las bandas al frente y bajo el mando inmediato del coronel Saint-Laurent.

Un redoble de tambores y las demás intimaciones legales indicaron á la multitud el orden de retirarse: un nuevo redoble de tambores anunció que la fuerza armada iba á correr el boulevard.

Los guardias de caballería avanzaron en efecto por la calzada, pero con los sables envainados, sin cargar y precedidos de un destacamento de municipales.

Un batallon de guardias de infantería recorría al mismo tiempo ambas aceras.

Este movimiento se verificó por escalones, dejando la tropa pelotones detrás de sí á medida que avanzaban para impedir que se formasen de nuevo los grupos.

En una media hora quedó completamente desembarazado el boulevard, desde la calle Rougemont hasta el café Inglés sin que hubiese colision alguna. Asegúrase que la tropa y la policía tenían órdenes terminantes para obrar con la mayor moderacion.

Cuantos rumores han corrido de muertos y heridos son completamente inexactos.

Lo que ha pasado por la parte de Belleville ha sido mucho mas grave.

El tumulto se extendió á las calles de Saint-Maur, Ramponneau, de las Tres Coronas, Faubourg del Temple y el boulevard Belleville.

Se han hecho grandes destrozos. Muchas tiendas han sido atropelladas, y durante tres ó cuatro horas la poblacion pacífica del barrio ha estado en gran consternacion.

El grupo principal, compuesto de gentes de mal aspecto, parecia haberse formado entre Belleville y Meuilmontant, en un arrabal compuesto de casuchas que habitan gentes de dudosa vida.

Hasta las nueve y media la policía hizo frente al tumulto; pero como los grupos iban engrosando, fué preciso recurrir á la guardia de Paris.

Hasta la una de la mañana no logró restablecerse la tranquilidad.

He aquí ahora los pormenores sobre el motin del 10:

A las siete de la noche se pusieron en las esquinas los ejemplares del bando del prefecto de policía aconsejando el orden. Al mismo tiempo se fijaban pasquines excitando á la multitud á persistir en las manifestaciones de la víspera. Uno de estos pasquines decía: «Ciudadanos: no vacilemos; la lucha está empeñada; hagamos triunfar la soberanía del pueblo.»

A las ocho empezaron á formarse numerosos grupos en el boulevard y Faubourg Montmartre y los dueños de cafés y tiendas se preparaban á cerrar sus establecimientos. A las nueve la multitud empezó á apiñarse en las inmediaciones del café de Madrid; aquella masa se componia casi toda ella de curiosos, y solo se oian de vez en cuando algunos silbidos.

A las nueve y cuarto se oyeron algunos gritos sediciosos en diferentes puntos y los cafés empezaron á cerrar sus escaparates.

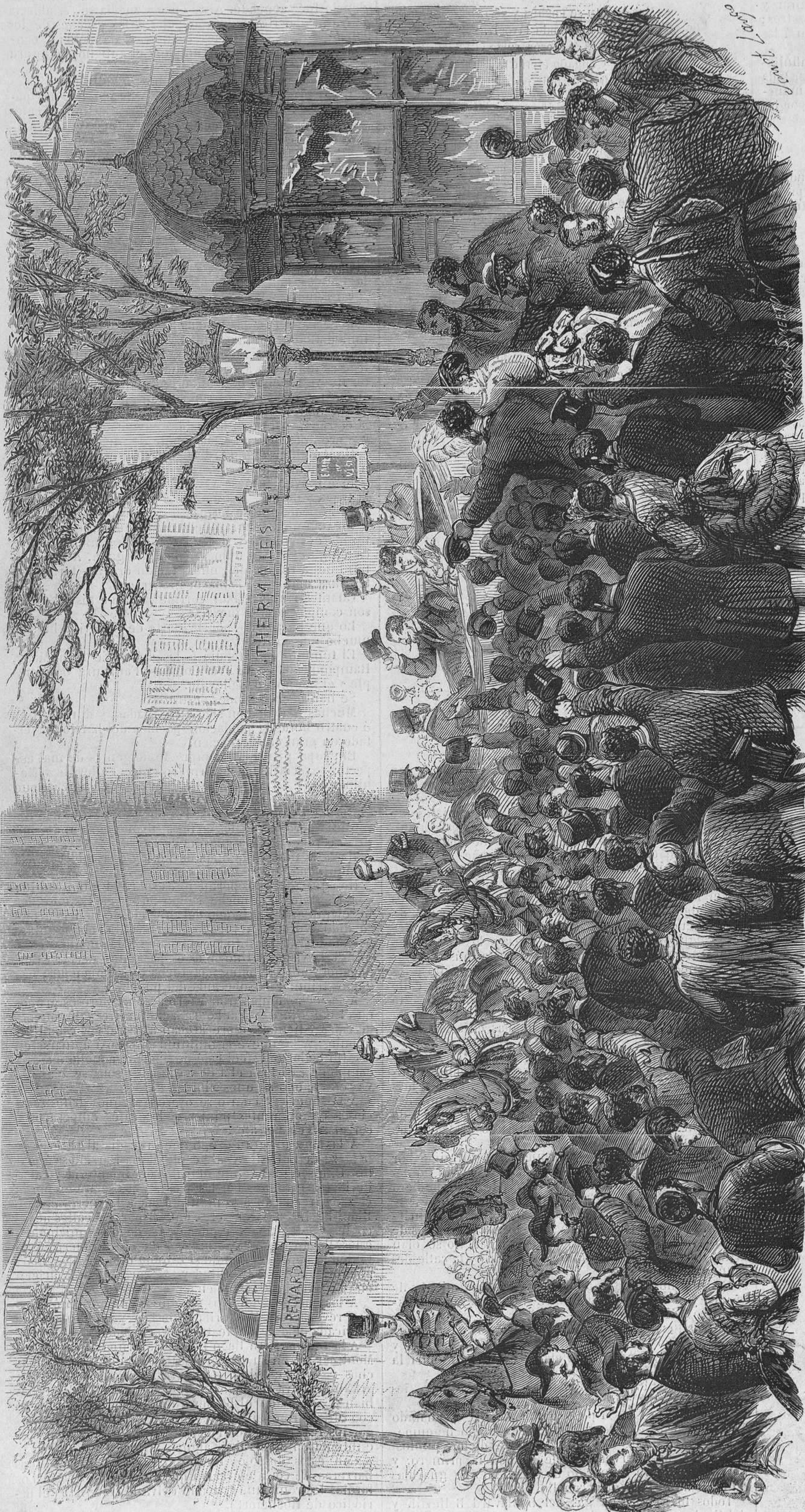
A las diez un gran grupo que procedia al parecer de la plaza de la Bastilla pasó cantando la Marsellesa á gritos. Una seccion de municipales de infantería y caballería, los primeros por las aceras y los segundos por la calzada, rechazan á la multitud hácia la puerta de San Dionisio. Los alborotadores entran por las calles adyacentes y se agrupan después detrás de los municipales; estos llegan hasta la altura del puente de hierro y no teniendo gente delante de sí cambian de frente y marchan á galope. La multitud y los carruajes se dirigen entonces hácia la Magdalena.

A las once y media, los revoltosos empezaron á romper reverberos, á derribar kioskos y á formar una barricada delante del teatro de Variedades.

A la misma hora llegó un nuevo grupo al boulevard Montmartre, en su mayor parte compuesto de muchachos vestidos con blusas y gorras, armados con palos y gritando «viva Rochefort.» Los agentes de policía habian abandonado el boulevard y la banda se entregó con furia á romper los cristales de los kioskos y á apagar los reverberos; derribaron los bancos y los kioskos é intentaron desarraigar algunos árboles.

Con estos despojos formaron en el boulevard dos barreras de corta elevacion que impedian el paso. Los faroles los rompian, gritando «viva la *Linterna*» (el periódico de Rochefort).

Iba á continuar la obra de devastacion cuando por la



Desórdenes en París. — Paseo de SS. MM. el emperador y la emperatriz por los bulevares.

calle Drouot desembocaron en el boulevard dos pelotones de guardias de París de infantería y uno de caballería. La llegada de estas fuerzas fué saludada con aplausos por el público, indignado á causa de los actos vandálicos que estaba presenciando.

Al toque de cornetas, los guardias armaron bayonetas y avanzaron por el boulevard, lo que fué suficiente para que los devastadores huyeran en todas direcciones.

Esta tropa empezó á patrullar sin encontrar resistencia y dispersando los grupos de curiosos que se formaban.

A las doce y media los guardias de París de á pié y de á caballo dan una carga á la carrera y despejan el boulevard hasta la plaza de la Magdalena.

En la plaza de la Bastilla tambien se formaron grupos numerosos. A las nueve intervino la policía para dispersarlos, y entonces arrojaron piedras sobre ella. La guardia de París de caballería dió una carga circular que puso en fuga á los alborotadores, la mayor parte de los cuales huyeron hácia el barrio de San Antonio.

En el barrio que se extiende desde Menilmontant á la Villette tambien hubo desórdenes. A las ocho y media habia en la Courtille un gran grupo de curiosos. De pronto salieron de él algunos centenares de hombres y muchachos, y con ayuda de martillos y barras de hierro destruyeron una casilla de parada de omnibus.

Un gran grupo, dirigido por un anciano de barba gris, recorre el barrio de Menilmontant. Este grupo saqueó una taberna y una casa contigua.

Al saber que se acerca la caballería los perturbadores se dispersan, dirigiéndose hácia la Villette. Los amotinados persiguen en este barrio los omnibus, que huyen á escape, y en seguida saquean las tiendas del boulevard exterior. Los kioscos inmediatos al cementerio del Padre Lachaise, fueron destruidos. En el boulevard Montmartre fueron presos mas de quinientos revoltosos. En Menilmontant y otros puntos se hicieron tambien numerosas prisiones.

Todos los tumultos se apaciguaron sin derramar sangre.

La *Gaceta de los Tribunales* añade á los anteriores detalles que en el barrio de San Antonio se formó un grupo considerable, á cuyo frente llevaban una bandera roja y un arbusto de la libertad. Este grupo cantaba la Marsellesa y gritaba «viva la república,» rompiendo los cristales de las tiendas. Este grupo se dispersó al acercarse una brigada de agentes de policía.

El mismo periódico dice que en el barrio del Temple, varios guardias móviles, unidos á los revoltosos, se adornaban con insignias grotescas.

En aquel punto, un convoy de lueyes destinados al matadero, hizo creer á los revoltosos que se aproximaba un escuadron de caballería, y se dispersaron.

Desde los balcones de varios cafés del boulevard Montmartre, se excitaba á los revoltosos gritando «viva la república.»

Los amotinados rompian los cristales de los coches y golpeaban á los que iban dentro.

Tambien arriancaban los faroles de los coches y los levantaban en alto gritando «viva la *Linterna*.»

A la una de la mañana, los amotinados se dispersaron, dándose cita para la noche siguiente.

El 11 se repitieron los desórdenes y tuvo que intervenir la caballería del ejército. La muchedumbre era considerable en los boulevares des Italiens, Montmartre, Bonne Nouvelle y las calles adyacentes.

Hácia las diez, algunas cargas de coraceros venidos de Versailles, y de otros cuerpos de caballería, desembarazaron el boulevard Montmartre y la calle del Faubourg Montmartre, otras cargas fueron dadas en las calles Montmartre y Vivienne, y en la plaza de la Bolsa. La circulación fué

prohibida en las inmediaciones del boulevard Montmartre.

A las once y media, la calma empezó á volver y se restableció la circulación.

A la una de la madrugada las tropas volvieron á sus cuarteles.

El espíritu de la población era excelente, la caballería fué muchas veces aplaudida. Los ciudadanos ayudaban á la policía.

Doce escuadrones recorrieron los boulevares interiores y despues los boulevares exteriores de Belleville, la Villette y Menilmontant, sin encontrar resistencia.

Los barrios de la Bastilla y del Faubourg du Temple permanecieron completamente tranquilos.

Despues ya no se repitieron los desórdenes. La opinion pública ha estado unánime en reprobarlos. Al día siguiente de aquel en que comenizó á elevarse una barricada en el boulevard, el emperador y la emperatriz, que visitaron el teatro de los desórdenes, fueron aclamados con una unanimidad que debe tranquilizar á cuantos quieren el sostenimiento del orden y las instituciones y descan tambien defender á la sociedad contra pasiones irreconciliables.

M. Ferry.

La votacion del 23 de mayo hizo aparecer el radicalismo en la diputacion del departamento del Sena; mas la del 6 de junio, atenuando la significacion de la primera ha dado la victoria á la oposicion moderada. Hemos publicado los dos retratos de Bancel y Gambetta que representan las ideas de reivindicacion; y hoy damos el de M. Ferry, cuya profesion de fe se aplica sobre todo á precisar las reformas que darian á la Francia instituciones liberales.



M. J. Ferry, diputado por la 6ª circunscripcion de Paris.

Naturalmente acompañamos cada uno de los retratos de los nuevos diputados con una noticia biográfica que resume las ideas de cada uno de ellos. No tenemos la pretension de profetizar sucesos políticos; pero cuando estos se producen, cumplesnos mostrarlos con su verdadero aspecto para que el *Correo de Ultramar* continúe siendo el repertorio vivo de la historia contemporánea.

M. Ferry es el único de los nuevos diputados por Paris, que representa á la prensa parisiense en las elecciones de 1869. Las de 1863 dieron mayor parte al periodismo, que se hallaba representado por los señores Havin, Gueroult, Pelletan y Darimon.

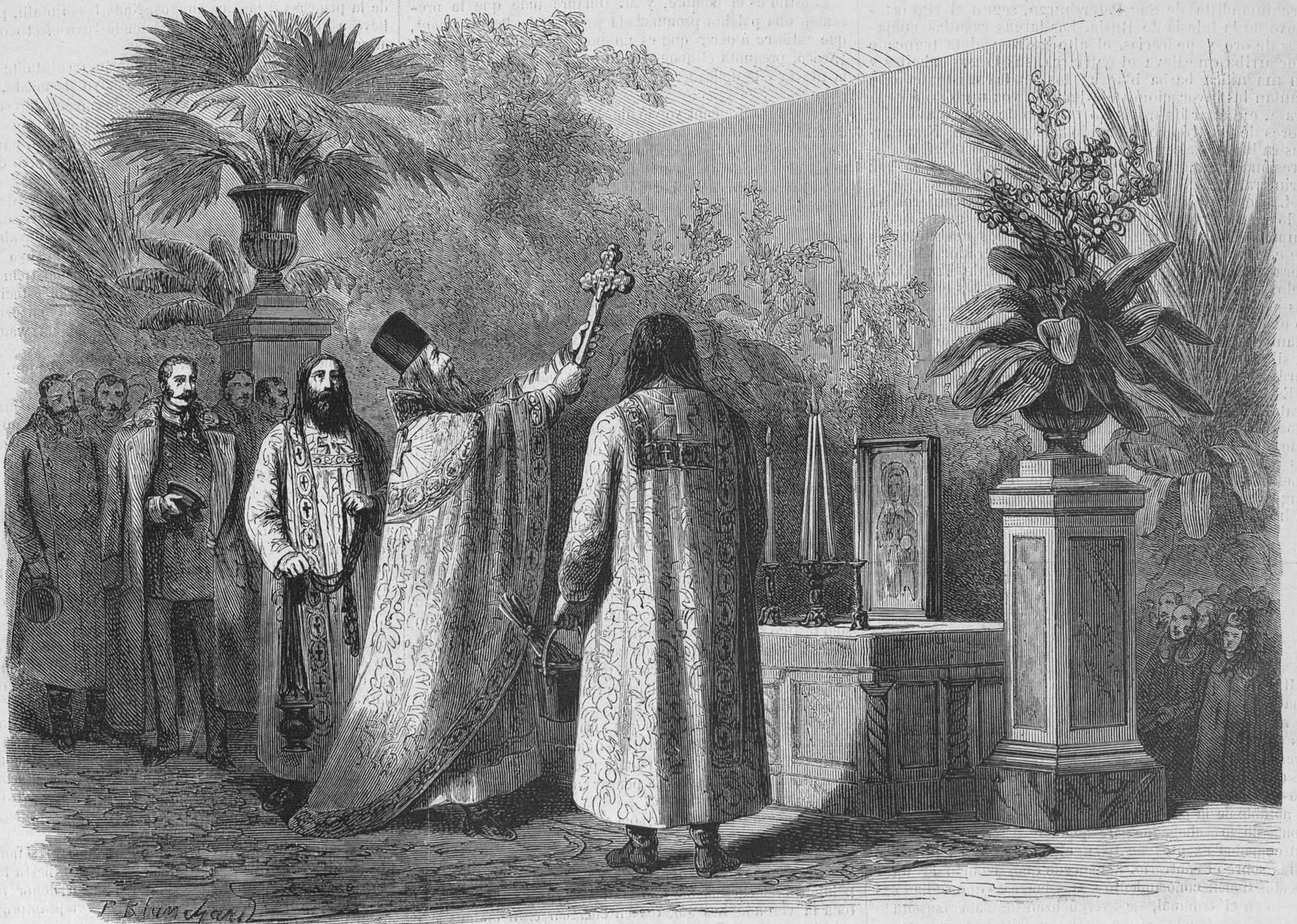
M. Ferry se ha distinguido como redactor del *Temps*. Sus artículos se hacen notar por su argumentacion lógica, por su claridad de la frase, por lo incisivo de la polémica. El ardiente periodista conoce los asuntos políticos y los discute con una rectitud de líneas invariable. Posee á fondo la lengua y va derecho á su fin sin desviarse en el camino y sin buscar los grandes efectos.

Las dos cuestiones que se han discutido particularmente en estos últimos tiempos, son las candidaturas oficiales y la administracion del prefecto del Sena M. Haussmann, que su acerada polémica ha cubierto de flechas.

La profesion de fe de M. Ferry y las discusiones que ha sostenido en las reuniones públicas nos demuestran que el blanco de su política será el desarrollo completo, íntegro de la libertad. Pero en cuanto á la aplicacion de estas ideas liberales vamos á hacer aquí una observacion que no se dirige solo á M. Ferry, sino á la mayor parte de los representantes de la izquierda.

— Una vez que haya llegado la libertad, decian á M. Ferry, ¿aceptaríais un ministerio si os le propusieran?

Y M. Ferry contestó:



SAN PETERSBURGO. — Bendicion de la Exposicion universal de horticultura.

— Yo soy uno de los últimos representantes de la democracia á quien el gobierno propondría una cartera.

La respuesta es hábil y por eso recibió grandes aplausos. Para nosotros esa frase prueba que detrás del periodista experimentado en la discusión de los negocios, está el abogado que esta vez salvó al periodista por la tangente.

A decir verdad, no comprendemos ese puritanismo tan exagerado. ¿Sembrar para no recoger, edificar una casa para no habitarla! ¿Propagar una política para no aplicarla! Hace falta mas lógica: ¿por qué ha de olvidar que Turgot, Necker, Rolland y Carnot echaban mano al timon cuando les invitaban á entrar á bordo de la nave?

H. V.

Exposicion y congreso de horticultura

EN SAN PETERSBURGO.

El 17 de mayo último (5 de mayo del año ruso), la sociedad de horticultura de Rusia abrió, en el picadero Miguel de San Petersburgo, una de esas grandes solemnidades florales que se suceden desde hace algunos años en las capitales de Europa. Bruselas, Amsterdam, Londres, París y Gante han abrigado alternativamente las maravillas de la jardinería moderna, y dado una cordial hospitalidad á los jueces llamados de todas las naciones para recompensar los productos del arte y de la ciencia de los jardines. La exposicion de la capital de Rusia, inaugurada por el emperador Alejandro, no ha sido inferior á las que se vieron en los grandes centros de produccion hortícola, antes bien sobrepaja, si no en riqueza absoluta, al menos en dificultades vencidas, á aquellas que la precedieron. Cuando se piensa que estamos aquí bajo el 60 grado de latitud, y que en las largas noches del invierno suele haber frios de 35 á 40 grados centígrados, sorprenden tanto mas tales maravillas.

M. Lorgus, expositor ruso, ha sido el laureado del gran premio. Los extranjeros que figuran á la cabeza de la horticultura de lujo, M. Linden, de Bruselas, titular del gran premio de honor atribuido al príncipe expositor extranjero; M. Veitele, de Londres, y M. Verschaffelt, de Gante, los tres por las preciosas novedades que no temieron exponer á un viaje tan largo, no fueron menos dignos de los sufragios del jurado y de la admiracion de los visitantes.

Nuestro dibujo representa una ceremonia que rara vez tienen ocasion de ver los europeos de Occidente: es la solemne bendicion de la exposicion por el gran archimandista de San Petersburgo, segun el rito ortodoxo de la Iglesia de Rusia. Las largas casullas cuajadas de oro y pedrerías, el alto gorro violeta truncado por arriba que lleva el patriarca, sus largos cabellos y su magnífica barba blanca; los levitas asistentes que cantan las invocaciones elevando la voz un tono á cada frase, ese altar improvisado y que rodean las mas bellas flores de los trópicos, cuando á dos pasos el Nawa arastrara hielos todavia, todo ese aspecto tan original impresionan vivamente al extranjero que le ve por la vez primera.

La hospitalidad ofrecida á los jurados extranjeros ha sido sumamente cordial. Los mas altos dignatarios del imperio los han acompañado á los sitios mas notables de esa region de Rusia. SS. MM. el emperador y la emperatriz les recibieron en su residencia de Tzar-Skoeselo, un oasis en medio de las estepas, y les enseñaron los jardines reservados y los aposentos; el emperador lo explicaba todo, desde el origen del hermoso parque plantado por Leblond, un discípulo de Lenotre, hasta la silla en que Catalina en su vejez se hacia llevar á los jardines.

Esa bonita exposicion, el congreso que la siguió y tan grata hospitalidad, quedarán por largo tiempo en la memoria. La Francia puede felicitarde de las atenciones que el emperador ha tenido con ella. Con efecto, con las mas bellas flores de la exposicion se compuso un magnífico ramillete que fué enviado á la emperatriz Eugenia, y que ha sido la admiracion de todos cuantos le han visto.

E. A.

Revista de Paris.

Hace años ya, se representó en el teatro del Gimnasio una comedia con el titulo de *los Abogados*, cuyo argumento se recuerda involuntariamente, cuantas veces ocurre en Paris uno de esos pleitos ruidosos en que un matrimonio mal avenido, pide á la justicia una separacion que ponga fin á las cuestiones conyugales. En la comedia á que nos referimos se trata de uno de estos casos de divorcio civil; pero lo notable de la produccion dramática, está en las exageraciones de los abogados para dejar respectivamente á sus patrocinados exentos de toda culpa, rechazando todas las faltas sobre el contrario. Así sucede que, cuando los interesados tienen conocimiento de los horrores que se han expuesto en el tribunal, se avergüenzan de haber suscitado semejante contienda, se reconcilian y falta poco para que,

unidos otra vez, no pongan ellos pleito por difamadores á sus abogados.

Consignamos aquí este recuerdo teatral, á propósito de la causa de separacion entre la princesa y el príncipe de Beauffremont, de que hablamos á nuestros lectores en la revista de la última semana.

Con efecto, en aquella primera parte de la historia, oímos á M. Allou, abogado de la princesa, que no dejó en buen lugar á su contrario: hoy pues, vamos á ver lo que responde M. Dufaure, que es el defensor del príncipe, que salió esa vez tan maltratado.

No hay cargo que no tenga su refutacion, no hay aserto que no se desmienta inexorablemente.

Si el príncipe, cuando trataba de su casamiento, se fué á pasar quince dias á Italia en lugar de hacer la corte á su prometida esposa, fué porque quiso personalmente dar parte á su madre de su union proyectada.

Si en los cambios de guarnicion, la princesa debió viajar sola y cuidarse por sí misma de todas sus instalaciones, fué porque el príncipe no podia prescindir de acompañar á sus húsares en sus marchas y contramarchas.

Contra lo dicho por M. Allou, M. Dufaure sostiene que todas las licencias las pasó el príncipe al lado de su señora.

El viaje que hizo á España fué para asistir al casamiento de un sobrino suyo, pues era su padrino.

El abogado extraña que no se haya encontrado ninguna carta del príncipe, cuando se han leído tantas de la princesa, siendo así que durante la estancia de M. de Beauffremont en Méjico, la correspondencia entre los esposos fué muy activa. De todas maneras, por las contestaciones se ve que la princesa, lejos de estar ofendida, hablaba á su esposo con un cariño y una ternura que probaban los buenos términos en que se hallaba entonces el matrimonio.

Otro cargo: se ha dicho que el príncipe de Beauffremont no queria mucho á sus hijos; mas aun, que cuando los veía, los cansaba, los hacia dar carreras violentas que habrian podido enfermarles, si su madre no hubiese estado allí para evitarlo.

¿Qué hay de verdad en esto?

Segun M. Dufaure, la verdad se reduce á lo siguiente:

Cuando el príncipe se encontraba en Menars con sus hijos, les hacia tomar asiento en un carruaje ligero y les llevaba á pasear por las alamedas del parque.

Hé ahí cómo les cansaba, y cuáles eran las carreras violentas que se le echan en cara.

Haciendo un paralelo entre la princesa y su marido, continúa el abogado, se ha dicho que ella es delicada, sencilla, graciosa, inteligente, y él vulgar, subalterno y grosero. ¿Quién ha podido atreverse á trazar semejante retrato del príncipe de Beauffremont?

El estilo es el hombre, y M. Dufaure pide que le presenten una palabra pronunciada por M. de Beauffremont, que autorice á decir que es un hombre tosco y ordinario. ¿Acaso, pregunta el abogado, la princesa habria empleado la gracia y la delicadeza para hablar con un hombre de esa clase?

M. de Beauffremont volvió de Méjico en los últimos dias de febrero de 1867, con los restos del ejército expedicionario; y aquí se hace un cargo gravísimo, el del famoso parte telegráfico dirigido de Paris á Pau el 27 de marzo de 1867, con el único fin de saber dónde estaban las camisas del príncipe.

Este despacho se envió, en efecto; pero ya hacia un mes que M. de Beauffremont estaba en Francia: ¿no habia escrito ninguna carta á su esposa en ese tiempo?

Sí: M. Dufaure afirma que el príncipe escribió á la princesa una carta en Veracruz algunos dias antes de su salida; otra á bordo, que debió llegar por el correo de San Nazario, y otra á su llegada á Paris.

Que se diga que no se han recibido, ó que se han quemado como las otras, santo y bueno; pero que no se sostenga que no han sido escritas, pues el príncipe asegura lo contrario.

El ruidoso despacho de las camisas fué dirigido en realidad al criado de confianza que acompañaba siempre á la princesa y que debia encontrarse en Pau, pues este era el que sabia en donde se hallaba la ropa blanca que el príncipe dejó en Paris á su marcha para Méjico.

Así refiere M. Dufaure la historia del despacho, muy natural, á su modo de ver, despues de haber escrito ya tres cartas.

En cuanto á los escándalos, el abogado del príncipe los niega rotundamente: ¿cómo admitir, dice, unos hechos tan fáciles de inventar y para los cuales no puede invocarse un solo testigo? ¿Se puede admitir tan ligeramente una escena que se halla en contradiccion con las relaciones ordinarias entre los esposos, con la correspondencia de M. de Beauffremont, con su finura y cortesía de que tantas pruebas habia dado?

Lo que es incontestable es que en aquella época, en aquel intervalo cambió algun tanto la situacion de los esposos.

La princesa se retiraba poco á poco y trataba de alejar de ella á su marido. Llegó á pensar en la separacion y esto preparó el convenio de 1867.

La princesa deseaba vivir sola y por esto pensó en aquel convenio.

Hablemos ahora de los amigos de la princesa.

M. Dufaure dice, desde luego, que no quiere dejar esta palabra cubierta con un velo equívoco, y que quiere decir toda la verdad. Los sugetos en cuestion eran amigos del príncipe antes de que su esposa los conociera.

Eran dos: M. Morio de Lisle, uno de los personajes del palacio de Tullerías y un jóven válico, el príncipe de Bibesco.

Las visitas de estos señores á Menars, fueron escasas en un principio; pero despues se hicieron mas frecuentes, aumentaron en proporcion del gusto que manifestaba la princesa por la independencia, diciendo que no queria ser mas que «la compañera de su esposo.» Pero lo cierto es que le gustaba la dominacion tanto por lo menos como la independencia, y ejercitaba con toda facilidad esta inclinacion sobre los servidores obsequiosos y atentos á quienes llamaba amigos.

La gente ha podido interpretar con malevolencia aquellas relaciones ya demasiado frecuentes, y aunque el príncipe ni por asomos haya puesto jamás en duda la pureza de su esposa, no pensaba que tales amistades pudiesen convenir á una mujer jóven y madre de familia, separada de su marido, y expuesta á todas las acusaciones sociales. Sin embargo, jamás por esto llegó a suponer que la princesa hubiese podido olvidarse con sus amigos: jamás pudo hacer á estos un honor semejante.

Lo único que sabia, es que á fuerza de lisonjas aquellos señores habian conseguido ocupar en su casa mas puesto que él.

M. Morio de Lisle se decia tutor de la princesa. Como estaba agregado á las Tullerías, y bajo este concepto podia tener alguna relacion con la emperatriz, el príncipe se quejó un dia á Su Majestad del papel que M. Morio de Lisle se atribuía en su casa, lo que le valió una carta que M. Dufaure recomienda á las meditaciones de los esposos y padres de familia.

Con efecto, M. Morio de Lisle le dirigió una carta singular, inaudita, en la cual se permite intervenir entre el esposo y la esposa, á nombre de los amigos de esta, notificando, digámoslo así, al marido que ejecute los compromisos contraídos con su esposa, de la que se constituye en defensor.

M. de Beauffremont, que entonces estaba de guarnicion en Auch, le contestó como debia, y M. Morio replicó diciendo que consideraba su carta como nula, como si no la hubiese recibido. Esto es, M. Morio de Lisle se reservaba no hacer caso alguno de las observaciones del marido, y continuar sus comunicaciones con la princesa, no obstante la enérgica oposicion del príncipe. Ahora bien, ¿cómo extrañar que este usase de un derecho que le correspondia como marido, y no sufriese mas tiempo una presencia que le ofendía?

Despues de estas cartas tuvieron lugar las tres escenas que son la verdadera causa de la demanda. La primera de ellas fué en la habitacion comun que el matrimonio tenia en Paris.

El príncipe entró un dia en su casa, y halló en el salon de la princesa á los dos amigos. Nada les dijo allí, pero les llevó á su aposento particular, donde tuvo efecto un vivo altercado.

La princesa dice que desde su cuarto, no obstante la distancia, oyó las voces, y que se desmayó de miedo. M. de Beauffremont lo ignoraba: estaba solo con aquellos señores, y les dijo que no volvieran á poner los pies en su domicilio, añadiendo que consideraba como un insulto para él y para su señora las visitas que ellos hacian, cuando él se lo habia ya prohibido.

El segundo escándalo fué el dia 11 de octubre de 1868. La princesa salía de Paris con direccion á Menars, en compañía de su madre y sus dos hijos, y además llevaba consigo otra persona, una señora Blanchet, vecina suya.

El príncipe tomó un coche, salió al mismo tiempo que aquellas señoras, y llegó un poco antes á la estacion del ferro-carril, de modo que pudo abrirlas la portezuela y acompañarlas hasta que tomaron asiento en un wagon reservado.

El príncipe permaneció en el estribo del wagon, despidiéndose de su señora y niñas.

Por fin llega el instante de ponerse el tren en marcha: el príncipe baja del estribo, y ve detrás de él á un jóven que se abalanza al puesto que acababa de dejar, para estrechar la mano á la princesa y á su señora madre.

Reconoció en este jóven al príncipe Jorge Bibesco, y sin poder contenerse, le trató con suma dureza, sin que la princesa presenciara la escena, pues el tren marchaba ya hácia Orleans. Acompañándole hasta su carruaje, le repitió que le prohibia volver á poner los pies en su casa, declarando que su honra de marido estaba comprometida por los rumores que circulaban acerca de sus visitas.

Llegamos ahora á la última escena que ocurrió en el palacio de Menars el 18 de octubre.

El príncipe iba á reunirse con su regimiento que estaba en Auch, y como pasaba por Blois, tuvo la idea bien natural de detenerse para ir á ver á sus hijas al palacio de Menars.

Segun se habia convenido con la princesa de Beauffremont, la escribió el 16, avisándole que el 18 llegaría al palacio. Con efecto, llega el príncipe á la hora prefijada, pregunta por la princesa de Beauffremont, y le contestan que aquella mañana, y despues de haber recibido el aviso de su llegada, habia salido para Tours con los señores Morio de Lisle y Bibesco.

El príncipe de Beauffremont sube á ver á su señora madre política la princesa de Chimay, y la manifiesta la profunda desesperacion en que se hallaba: su honor herido, sus sentimientos contrariados con aquel viaje improvisado de su esposa en compañía de dos hombres á quienes habia prohibido la entrada en su casa.

Sin embargo, todo aquel día le pasa en el palacio de Marnars con sus dos niñas.

Llegada la otra mañana, el príncipe se levanta y va á almorzar, creyendo encontrarse solo con las señoras.

Con efecto, allí están las señoras, pero les acompañan los dos amigos.

Apenas le hacen caso en la mesa. Hablan del viaje de la víspera; los señores Morio de Lisle y Bibesco se dirigen siempre á las señoras, y el príncipe, mientras estas se hallan presentes, se contiene de un modo admirable.

Esta vez la herida era demasiado profunda. No dijo una palabra en todo el almuerzo; pero al concluirse, los dos amigos se levantan y salen, el príncipe les acompaña hasta la última puerta que deben atravesar, y allí tiene lugar un altercado sumamente violento. El príncipe no les perdona ninguna de las injurias que un hombre indignado puede dirigir á los que son la causa de su afrenta, en tanto que ellos se contentan con decirle: «Olvidais que estamos en casa de la princesa de Chimay.» Era el motivo que invocaban para justificar la preparacion de este postrer escándalo.

Hasta aquí los hechos: luego despues de decir M. Du-faure que es imposible que por una sentencia de separacion pronunciada sobre tales motivos, el tribunal prohiba á un esposo poner á salvo el honor de su esposa, proteger la respetabilidad de su union de familia y preservar á sus hijos de los detestables ejemplos que pueden darles esos aduladores serviles que se arrastran á los piés de la princesa, concluye en estos términos:

«Entre el príncipe y la princesa de Beauffremont hay motivos de union mucho mas serios que todos esos que se presentan en apoyo de la demanda para la separacion. Hay ante todo el sentimiento de los deberes contraídos en presencia de las leyes de su pais y de los altares de su Dios; hay despues dos preciosas criaturas, fruto de su enlace, que cuida mas particularmente la princesa, pero objeto de una igual ternura por parte de ambos esposos; dos criaturas que necesitan el buen acuerdo de su padre y su madre para crecer, educarse y establecerse, y á las cuales causarían un irreparable perjuicio en el porvenir los disentimientos públicos y prolongados.

Finalmente, ¿no hay tambien otras razones poderosas para que el príncipe y la princesa de Beauffremont se reunan? ¿Acaso esos gustos pasajeros por el campo, por el aislamiento, por la dominacion, ese placer de que los aduladores la comparen á alguna heroína de novela, todo eso vale y dura algo? ¿No son mas bien caprichos juveniles? Si, son caprichos de que se vanagloria una mujer jóven y bella; pero el tiempo pasa, llegan los años, y con ellos las realidades de la vida, y esto hay que tenerlo muy presente. En mi profunda conviccion, no hay mas que una cosa en la que deben pensar el príncipe y la princesa de Beauffremont, para que cese ese estado de separacion efectiva: que mediten bien uno y otro, y se dejen dirigir por esta ley tan fácil de comprender y de practicar: la ley del buen sentido, de las conveniencias sociales y del deber.»

Es tiempo ya de terminar esta larga y triste historia. Triste en verdad, pues ella nos aparece como una nueva prueba de los deplorables resultados que dan de sí esos enlaces contraídos por pura conveniencia, sin inclinacion mutua, no decimos amor, porque es una palabra que ha caído en desuso en lo que se llama el gran mundo moderno, sin otros preliminares que los del notario que interviene para contar los escudos y atestiguar la posicion social de los contrayentes.

Sea como quiera, el tribunal, negándose á decidir ligeramente, ha mandado que se haga la prueba de los hechos articulados por la señora princesa de Beauffremont, para dictar la sentencia definitiva: esperemos pues, la segunda parte de este ruidoso pleito.

El mal tiempo, que persiste este año en Paris con una continuidad de que hay pocos ejemplos, favorece sobremanera á los teatros; pero desgraciadamente como las empresas no habian contado con esta buena fortuna, pierden tan feliz ocasion por no tener preparada alguna novedad en lugar de las funciones conocidas hasta la saciedad que ponen en escena.

Así ha sucedido que el modesto teatrillo de Cluny, en la orilla izquierda del Sena, que acaba de dar á luz el *Judío polaco*, drama en 3 actos y 5 cuadros, de M. Erckmann-Chatrian, llama hoy la atencion en Paris, como pudieran hacerlo en el invierno el Teatro Francés ó el Gimnasio, ó el Vaudeville con una pieza nueva de verdadera importancia.

No es decir por esto que no la tenga el *Judío polaco*, á pesar de la escasa originalidad de su argumento; pero su intriga es tan sencilla y está tratada con una sobriedad de tan buen gusto literario, que la hacen verdaderamente una produccion recomendable.

Es la historia de un crimen cometido por un posadero, que dió muerte á un judío y se apoderó de sus riquezas, con las cuales pasa en el mundo por un hombre honrado.

Mathis, que así se llama este criminal, quiere casar á su hija con un gendarme, figurándose que de este modo acabará de consolidar su posicion; pero ¡ay! el remordimiento de su crimen no le deja una noche de descanso; sus sueños son horribles, y en una escena de sonambulismo descubre su secreto, al propio tiempo que con sus manos crispadas por la fiebre que le devora, quiere romper el imaginario dogal que oprime su garganta.

Es un cuento de M. Erckmann-Chatrian, trasladado al teatro, que agrada, como hemos dicho, por su sencillez, por

cierto colorido fantástico que le realza, mas bien que por sus cualidades dramáticas, que están indicadas muy á la ligera y por una mano inexperta todavía en las cosas teatrales.

MARIANO URRABIETA.

De la educacion

CONSIDERADA EN SUS RELACIONES CON LA SALUD Y CON LA SOCIEDAD.

(Continuacion.)

En vano los frenólogos desatendiendo este grito sublime del espíritu han supuesto que los actos afectivos son irresistibles, concediendo á algunos órganos un dominio absoluto sobre los demás. Ningun acto afectivo, aunque todos se cuentan en el número de las sensaciones internas espontáneas y aunque todas son independientes entre sí, domina hasta el punto de ser irresistible, é imponer silencio á los demás; en el estado normal una sensacion sirve á otra de contrapeso, todas se equilibran lo suficiente para obrar aunque sean antagonistas, la una en pos de la otra. Si otra cosa fuese no habria vicios, tampoco habria virtudes, porque como ha dicho Antillon, el poder de hacer mal es inseparable del de hacer bien, y para que el mérito de la virtud pueda existir, es necesario que el vicio sea posible.

Sin mas que lo que acabamos de indicar queda comprendida la libertad moral, la cual consiste en la eleccion de dos inclinaciones distintas que se disputan á la vez nuestro consentimiento. La prueba de cuán extensa es en el hombre esta libertad, la encontramos en los medios mismos que emplea para encadenar sus instintos con objeto de que el alma pueda dominarlos mejor. El hombre por medio de las leyes circunscribe voluntariamente sus facultades: las leyes no son mas que las trabas que la razon impone á las pasiones. Pero esta libertad de que goza para elegir entre dos inclinaciones que le arrastran en dos diferentes sentidos de nada le serviría, si la razon no le ilustrase, así como de nada le serviría la razon si no pudiese hacer lo que ella le dicta; si careciese de libertad para seguir el camino que ella le traza. Por medio de la razon el hombre distingue lo justo de lo injusto; por medio de la libertad elige lo que justo le parece. Las pasiones le guían por un lado, por otro le guía la conciencia ilustrada por la luz del entendimiento, y el hombre que es siempre libre tiene el derecho de seguir á las pasiones ó á la conciencia, y sigue á aquellas ó á esta; á esta si es fuerte, á aquellas si es débil.

El entendimiento ensancha la esfera de la libertad moral. El hombre es moralmente tanto mas libre cuanto mayor es su razon; con lo que no queremos significar que el hombre mas ilustrado sea el mas bueno, sino que es el que tiene mas poder para serlo. Un hombre ilustrado que obra mal es, en igualdad de circunstancias, mas digno de reprobacion que el ignorante que obra como él.

Los frenólogos creen tal vez encontrar en las malas acciones de los hombres, que no son mas que la falta de voluntad para contrarrestar las pasiones, un poderoso argumento contra la libertad moral que nosotros reconocemos en los individuos de la especie humana, como su mas raro privilegio, como el mayor atributo de la divinidad. Es verdad que los instintos no se aprenden, es verdad que dependen de la naturaleza misma; pero no por eso dominan al hombre hasta el extremo de esclavizar su razon; antes al contrario, al hombre le es lícito someter á la razon los instintos, no por medio de la razon misma, sino por medio de la conciencia; por medio del alma, cuyos primeros movimientos, cuyos impulsos, cuando el cálculo ó una reflexion egoísta no los adultera, son siempre buenos, generosos y hasta sublimes.

En su afán de localizarlo todo, los frenólogos han localizado tambien en el cerebro las facultades morales, señalando por residencia de los órganos que las presiden la parte media y posterior de la masa encefálica. Los órganos bajo cuya jurisdiccion se hallan las facultades animales residen, segun ellos, en las partes posteriores del cerebro; así como han dicho ser el cerebelo el sitio de los instintos de reproduccion.

Las facultades morales mas notables que han localizado, son la afeccionabilidad, la circunspeccion, la aprobatividad, el aprecio de sí mismo, la firmeza, la justicia y la bondad. Inútil es decir que algunos de estos vocablos revelan demasiado su origen francés, sin duda por tener en Francia la frenología su cuna y ser allí donde ha hecho sus mayores progresos.

Pero ya sean estas facultades independientes, que es lo que afirman los frenólogos, ya dependan todas de una sola, como quieren los moralistas que en todas ellas no ven mas que distintos efectos y distintos grados del amor propio, justo es que se procure educarlas y mantenerlas en sus justos límites, para que no sufran una viciosa trasformacion.

La afeccionabilidad, que es el impulso del alma que obliga al hombre á participar de los trabajos y sinsabores de sus semejantes, es la base de la amistad y el mas bello y poderoso lazo que une á los hombres entre sí. Es una sensacion eminentemente social, que deben te-

nerla en cuenta no solo los padres de familia y los encargados de dirigir la infancia, sino que tambien los gobiernos, para que los hombres permanezcan unidos, no para explotarse, sino para socorrerse. De la afeccionabilidad, si peca por defecto, resulta la frialdad, la indiferencia, y hasta el egoísmo mas desapiadado; si peca por exceso, acarrea la nostalgia, la erotomanía, la melancolia, etc.

La circunspeccion nos impele á tomar precauciones para conservarnos y defendernos de nuestros enemigos, nos hace buscar medios para salir de las situaciones mas apuradas, nos obliga á ponernos en guardia anticipadamente contra los conflictos sucesivos que pueden sobrevenirnos, y nos fuerza á regular nuestra conducta por temor á las consecuencias que pueden derivarse de nuestra depravacion. La falta de desarrollo de esta facultad constituye el aturdimiento, el atolondramiento, la imprevision, la desprevenion y la imprudencia; su desarrollo excesivo nos sumerge en un mar de dudas, nos vuelve perplejos, tímidos, desconfiados, recelosos y hasta maliciosos é hipócritas. Ambos extremos son muy peligrosos y origen de grandes males que los encargados de la educacion no deben perder de vista.

La aprobatividad es el vocablo con que designan los frenólogos el amor propio, cuyos distintos grados son el origen y tal vez la esencia de muchas virtudes y de muchas ridiculeces, de grandes hechos y de grandes locuras, de estrepitosas proezas y de estrepitosos crímenes. Esta sensacion consiste en el deseo que tenemos de figurar, que se nos tenga en mucho y de que se nos alabe; nos hace accesibles á la aprobacion y desaprobacion, y nos obliga á buscar con ansia los medios de descollar sobre los demás. Es uno de los poderosos móviles de la mayor parte de las empresas humanas. El amor propio, mantenido en justos límites, hace al hombre émulo de sus semejantes, á los que procura exceder en mérito y valia, contribuyendo esto no poco á los progresos de la humanidad en general; pero si es excesivo, vuelve al hombre vano, engreído, fátuo: degenera en soberbia, en ambicion, en envidia y frecuentemente en locura, si se carece de talento, de genio ó de fortuna para satisfacerlo. Los prácticos, en especial, los que han tenido á su cargo hospitales de locos, han notado que la monomanía del orgullo es la mas frecuente, como que el exceso de amor propio constituye locura por sí mismo y el amor propio es en la sociedad la sensacion predominante. Acerca de este particular consideramos dignos de transcribirse los siguientes párrafos de M. Lewert:

«La parte del orgullo, dice, se halla tan extendida en la sociedad que casi nos sorprende ver que los excesos de esta pasion se cuentan en el número de las aberraciones del espíritu. El orgullo es solamente locura en los que llevando esta pasion al exceso, son al mismo tiempo tan ciegos y tan torpes que ningun raciocinio basta para desengañarles, y carecen de la fuerza y talento necesarios para imponer á los demás su propia conviccion. Diríase que el orgullo es tanto mas atrevido cuanto menos cultivado es el entendimiento en que germina. El hombre instruido cuando está cegado por esta pasion sube por grados; el ignorante de un salto llega á la cima; el primero se hace ministro, rey ó emperador; el segundo raras veces se contenta con esas dignidades harto frágiles y se hace dios. Casi todos los dioses que se encuentran en las casas de oráculos pertenecen á la clase mas pobre.»

La falta de aprobatividad acarrea en el individuo indolencia, apatía, carencia de estímulo; forma un tipo de inercia como el que nos ha descrito Quintana en un panteon del Escorial:

Nulo igualmente á la virtud que al vicio,
Indigno de alabanza ó vituperio.

Es menester en ciertos individuos excitar esta sensacion, así como en la mayor parte es menester reprimirla. Pero esto no basta, lo que principalmente se necesita es dirigirlo convenientemente. Hombres hay que fundan su orgullo en ser buenos, otros que lo fundan en ser malos. Algunos ven á su manera cierta honra en el cadalso que se levantan con sus iniquidades, y aspiran á hacerse célebres excediendo en ferocidad á todos los demás que siguen la carrera del crimen. Lo que les convierte en monstruos no es precisamente el exceso de amor propio, sino la mala direccion que ha tomado en ellos esta sensacion que puede hacer de un hombre un bandolero ó un héroe.

El germen de la vanidad se desarrolla en el hombre desde la infancia. Las madres y los encargados de la primera educacion fomentan generalmente con inmerecidos elogios, y con mimos exagerados esta pasion calamitosa que suele tener consecuencias muy funestas. Necesario es estimular á los niños sin hacerles formar de sí mismos un concepto demasiado elevado. Si nunca se les aplaude, si se les deprime con comparaciones odiosas para hacerles ver que son inferiores á los demás, el amor propio nativo se reacciona contra esta injusticia, y los niños se vuelven envidiosos, escépticos y hasta misántropos, y mas adelante se entregan á la crápula, porque para ellos la virtud no tiene recompensas. En huir estos dos extremos consiste la habilidad mayor de los que tienen la mision sublime de formar el alma de los niños; les han de estimular sin engreírles; les han de hacer émulos de los demás, sin hacerles envidiosos; y sin embargo, de la emulacion á la envidia no hay mas de un paso.

JUAN RIBOT y FERRER.

(Se continuará.)

La Exposicion de Bellas Artes

DE 1869.

La obra de M. Comte titulada: Gitanos haciendo bailar á unos lechoncillos, en presencia de Luis XI enfermo, no puede mirarse sin reír, aunque sea en el fondo una pintura séria. Un gitano de piel curtida, que toca alternativamente el tamboril y el pifano, está haciendo bailar cerca de la cama en donde descansa el rey, dos lechoncillos vestidos á la moda del día. No puede imaginarse nada mas grotesco. Otros actores del mismo jaez, ataviados por el mismo estilo, esperan su turno para salir á la escena, bajo la guarda de una gitana de color de cuero. Los familiares y los servidores se desternillan de risa y tambien asoma una sonrisa en los pálidos labios del moribundo. El médico parece contar mucho con el buen efecto de estas singulares distracciones, que sin duda no son del gusto de los dos frailes que están arrodillados junto á la chimenea.

La escultura el Toro y el perro, de M. J. Bonheur, representa un buey en cuya oreja ha hecho presa un perro evitando la cornada; es una escena que el autor lia debido ver al natural en alguna plaza de toros. Nada mas exacto ni mejor estudiado que este grupo de animales. Sabido es con qué sincera fidelidad, la familia Bonheur, lo mismo en los cuadros que en las esculturas, expresa el aspecto y la actitud del ganado vacuno.

La Ofelia de M. Falguière, es la mas bonita estatua romántica que pueda imaginarse para un monumento ideal de Shakespeare, cuyos tres ángulos restantes podrian ocuparse con las imágenes de Cordelia, Desdémoma, é Imógene, los tipos femeninos mas puros que ha creado el gran poeta. La pobre niña que ha podido creer en el amor de Hamlet, de quien la aparta para siempre el asesinato de Polonius cometido por el príncipe de Dinamarca, está de pié, en una actitud de profundo extravío en que el dolor combate con la locura: sus vestidos en desórden demuestran todavia un resto de elegancia, y la coquetería femenina que sobrevive á la perdida razon, ha tejido esa corona donde la paja asoma mezclada entre las flores silvestres. Los ojos inmóviles por la idea fija, miran sin ver, y en los labios entreabiertos parece flotar una de esas baladas populares que tan extraño contraste forman con el lenguaje púdico y reservado que antes de la locura tenia la virginal hermana de Laerte. La estatua de M. Falguière es á la vez la Ofelia de Shakespeare y la Ofelia de la Opera. En esta figura tambien personifica la belleza rubia y melancólica del Norte. Todo el mundo reconoce á la Cristina Nilsson.

Ordinariamente se simboliza el Invierno por medio de un anciano, en tanto que M. Carlier le representa por medio de un mancebo envuelto en un pedazo de capa, que seguramente no debe protegerle mucho del frio. Una estatua lógica del Invierno debería estar cubierta de pieles desde los piés á la cabeza; pero esto no tendria un aspecto escultural. La estatua necesita el desnudo, y M. Carlier ha hecho perfectamente dejándonos ver las piernas del mozo, aun cuando parezca que se está muriendo de frio. Además, en el lenguaje del arte que tan á menudo tiene que

apelar á la conviccion, ese pedazo de capa es una vestidura completa. T. G.

Manuela,

NOVELA ORIGINAL

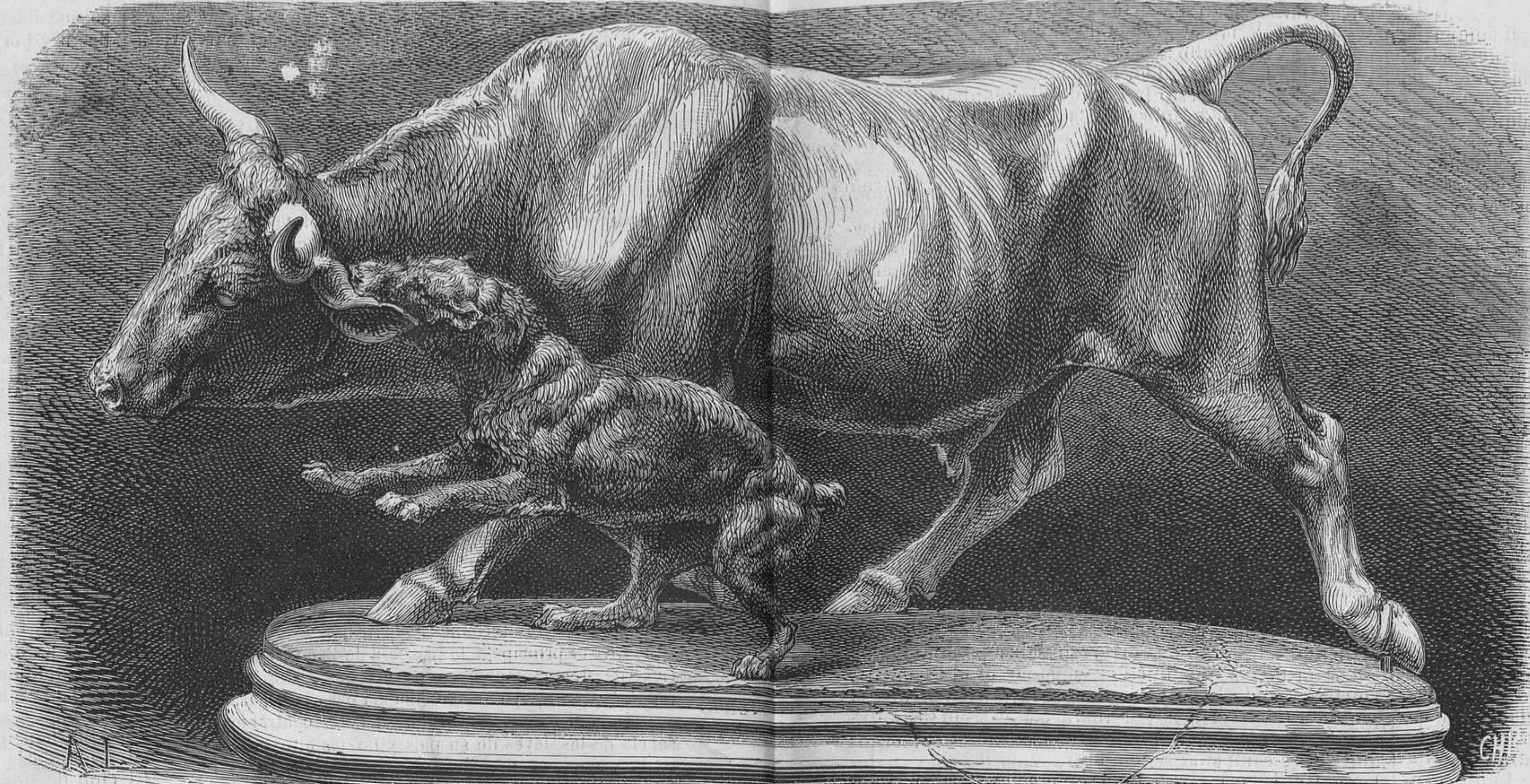
POR DON EUGENIO DIAZ.

(Conclusion.)

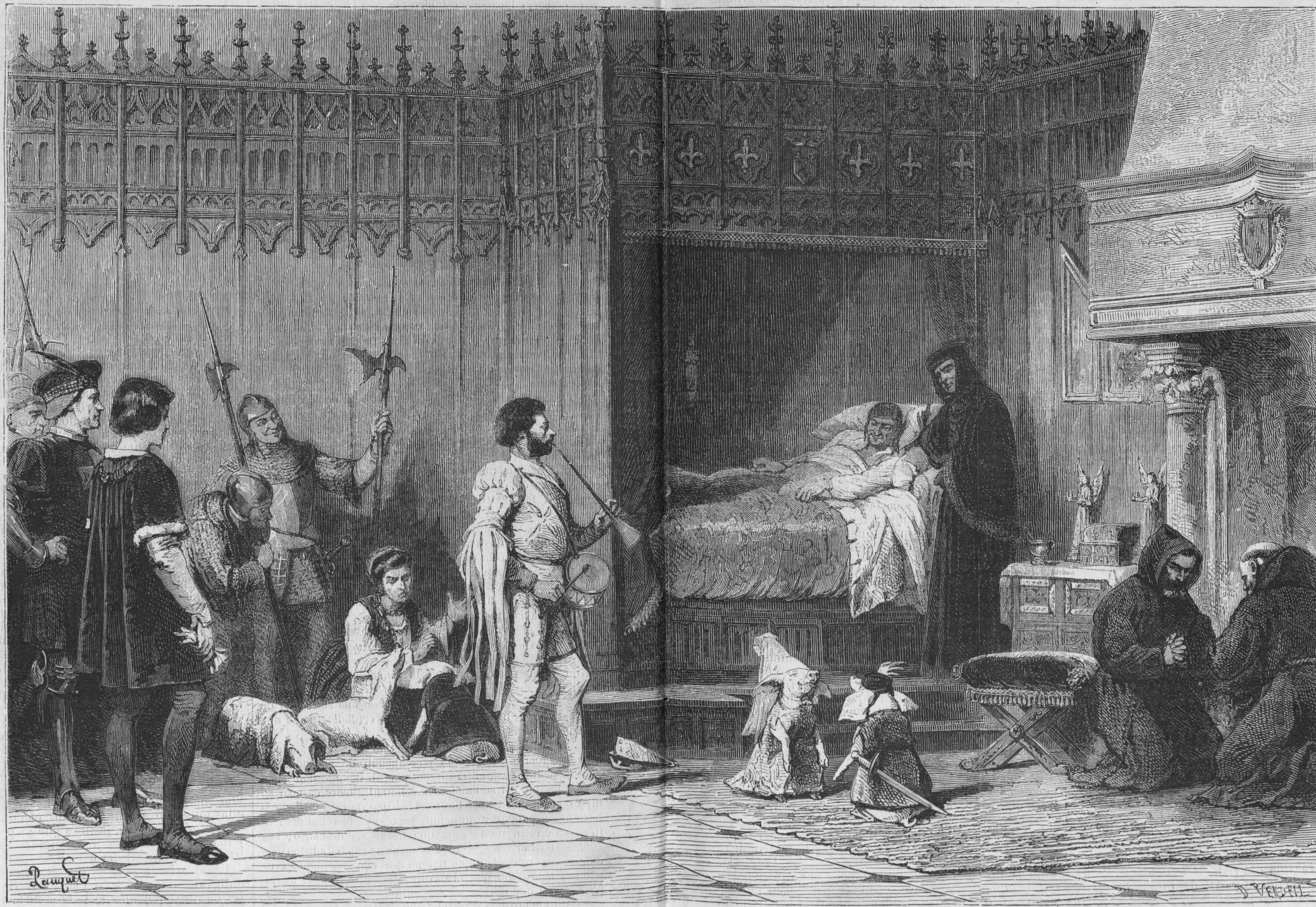
Un momento despues estaba el párroco á los piés de su crucifijo pidiéndole con gran fervor algo que no se le oia bien; y don Demóstenes en su posada, se mecía en su hamaca, apoyándose en el baston. Estaba meditando y desvelado, aunque eran ya las diez de la noche.

Manuela entró del interior de la casa á la sala, trayendo una vela en la mano, y dijo á su huésped, sentándose en la silla jesuítica, que estaba cerca de la hamaca:

—Lo esperaba, don Demóstenes, para darle una gran noticia.



EXPOSICION DE 1869. — El Toro y el perro, escultura de J. J. Bonheur.



EXPOSICION DE 1869. — Gitanos haciendo bailar á unos lechoncillos en presencia de Luis XI enfermo, cuadro por P. C. Comte.



Ofelia, estatua de M. Falguière.

— Veamos esa gran noticia.
— Esta noche apenas se fué Vd. vino Dámaso. ¿No se lo encontró por la calle?
— No, contestó sobresaltado don Demóstenes: ¿y á qué vino?
— No sea tan... ¿A qué había de venir?... contestó con los ojos Manuela; pero con la boca le dijo: vino á hablar con mi mama y conmigo sobre...
— ¿Sobre qué? dijo aun mas sobresaltado el bogolano.
— Sobre el casamiento, contestó Manuela ruborizada.
— ¿Y qué hablaron sobre el casamiento?
— Vino á que señaláramos el día.
— ¿Y lo fijaron?
— Sí: el 20 de julio.
— ¿Aniversario de la Independencia! dijo riéndose don Demóstenes.
— Día de mi señora santa Librada.
— Pues me alegro de la noticia, porque tú

crees que vas á encontrar la felicidad, y tu felicidad me es grata como si fuera la mía.
— Gracias, don Demóstenes. Prepara, pues, sus piés para el baile.
— ¡Oh, Manuela! En ninguna fiesta bailaria con mas gusto. Tengo por Dámaso mucho cariño, porque sé que es honrado y muy

trabajador, y que te adora; tengo por tí un cariño tan grande como si fueras mi hermana, por tus nobles cualidades y tus gracias. Hay en tí una mezcla de candor y malicia que mantiene en perpétuo éxtasis á tus... amigos. Tienes el abandono y la inocencia de una niña junto con la dignidad de una reina. ¡Muy malo ha de ser el hombre que te irrespete, Manuela!
— Muchas gracias por sus favores, don Demóstenes; y que no se vaya de aquí en muchos años.
— Es el caso, y te lo iba á decir, que desgraciadamente tengo que irme... mañana.
— ¡Mañana! ¿Cómo es eso de mañana?
— Como lo oyes.
— ¿Y á qué se debe ese viaje precipitado?
— ¿Sabes á qué vino taita Dimas?
— No.
— Pues te lo diré en reserva: vino á traerme el archivo del viejo Tadeo, que le cogió en la montaña.

— ¿Y qué tiene que ver el archivo de don Tadeo con su viaje?
— Encontré en él todas las cartas que me han dirigido de Bogotá en este mes, que el maldito viejo había sacado del correo. En esas cartas hay unas sumamente importantes para mí; si antes las hubiera recibido, antes me hubiera ido; añadió con profunda intencion.
— ¿Pero qué es lo que le dicen de Bogotá, para hacerlo ir tan de prisa? ¿Hay alguna novedad?
— No, Manuela. Nos hemos reconciliado Celia y yo: ella se confesará cuando quiera, y no me tomaré otra libertad en ese punto que la de saber si el confesor es un hombre de moral anstera y de vida ejemplar.

— Me alegro tanto como usted no se lo puede figurar, que mucho me afligía que Vd. no fuese tolerante y que perdiera un casamiento tan bueno.
— Pues ya ves que es menester que me vaya.
— Pero no tan pronto.
— Mañana mismo, Manuela.
— Entonces será que además de esas noticias, le hemos ofendido en algo, dijo Manuela, inclinando la cabeza sobre su brazo, y ocultando su cara, que estaba llorosa.

La posicion de don Demóstenes era verdaderamente crítica. Estaba sentado en su hamaca, y tenia al frente á Manuela, sentada en la silla. El negro y abundante pelo de Manuela bajaba en trenzas deshechas sobre sus hombros; su brazo tornátil estaba doblado y recibía en la palma de la mano la cabeza. El semblante descolorido por la pena, y los ojos cerrados por el llanto aumentaban el atractivo de su fisonomía, y su talle esbelto, doblado en ese momento, y sus diminutos piés que asomaban bajo el traje, posados sobre el suelo polvoroso, completaban el encanto. Aquella tristeza por la partida impresionaba profundamente á don Demóstenes; y al ver así tan hermosa y tan triste á su linda casera, se preguntó á sí mismo, sin atreverse á contestarse, si lo que sentía por ella su corazón no era un amor profundo...

Pero al mismo tiempo se acordaba de Dámaso, que cifraba toda la felicidad de su modesta vida en la posesion de aquella mujer que le habia costado ya tantas persecuciones, y se dijo: es preciso partir.
— No, Manuela, dijo tras un largo espacio de doloroso silencio;



El Invierno, estatua de M. Carlier.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

en nada me han ofendido Vds., y tú mucho menos; pero te repito, la urgencia que tengo de irme es muy grande, tan grande como el afecto que te profeso, y que te juro que durará tanto como mi vida.

Manuela sollozaba en silencio; don Demóstenes siguió hablándole, y al fin logró arrancarle una sonrisa, que aunque triste, era precursora de la resignación. Al fin se levantó Manuela, después de haber comprometido á su huésped á que, puesto que la sentencia de partir al día siguiente era inapelable, por lo menos no partiera hasta por la tarde, para tener tiempo de prevenirle el fiambre para el camino.

Al día siguiente, á las tres de la tarde, después de haberse despedido de todos sus amigos de la parroquia, dió el último adiós á sus amigos de la casa. Se despidió con un abrazo del cura, que vino á verlo montar; del honrado Dámaso, que le repitió sus protestas de gratitud; de doña Patrocinio y de Pachita, que lloraban de pena, y el último abrazo lo guardó para Manuela, que estaba reclinada en la puerta, envuelta en su pañolón. Al estrecharla, sintió el corazón candoroso de la jóven que golpeaba bajo los encajes de su camisa, y ella pudo haber notado, si no estuviera tan triste, que el corazón de su huésped estaba también muy agitado.

A las cuatro de la tarde pasó por la estancia de Malabrigo, cuya vista le arrancó un ¡ay! de dolor; al día siguiente se desmontó en su casa de Bogotá, y escribió con el peon que regresaba á la parroquia una cartica á Manuela, deseándole que su matrimonio se verificara pronto y fuera dichoso.

Ayacucho y José también acompañaron unas cuadras al peon y probablemente le encargarian algunas memorias para sus amigos, aunque Ayacucho no lo hizo de palabra, pero sí lo dió á entender con los ojos.

XXX.

MANUELA.

Todo estaba en movimiento en la casa de Manuela, el día 19 de julio de 1856. El horno, los fogones y la mesa grande estaban en servicio activo. Había novios, y era ocasión de echar la casa por la ventana, según la usanza de la colonia, conservada entre los parroquianos y los estancieros del centro de la Nueva Granada.

La estancia del Botundo estaba mucho más alborotada aun, porque Melchora también estaba de novia, y este suceso era una completa revolución en la montaña, tanto más cuanto que los dos casamientos debían celebrarse en un mismo día. El cura se gozaba en la conquista de este último matrimonio, como se gozaria el misionero que volviese á someter á los infieles de un pueblo de la Goajira, porque los contrayentes se habían resistido por muchos años á los sermones y á los consejos evangélicos del cura, y aun á los mandatos del dueño de tierras; aunque, á la verdad, Melchora y Dimas no eran los únicos que estaban casados temporalmente, ó casados por el doctor Montes, como decían en la parroquia.

Seguramente el lector recordará que el día en que don Demóstenes fué á la casa del ciudadano Dimas, fué informado por el cura de las malas consecuencias que los matrimonios civiles, ó medio civiles, tenían en su parroquia, y para honor del jóven proteccionista es menester que ahora se sepa que de su bolsillo salió una contribución voluntaria para el casamiento y establecimiento de la madre de Pia.

Pero no fueron únicamente los sermones del cura, ni los consejos de don Demóstenes los que redujeron á Dimas á abrazar el santo estado del matrimonio católico, sino esta pequeña insinuación del dueño de la tierra.

— Se casa, Dimas, ó desocupa la estancia dentro del preciso término de quince días.

Este consejo, cuyos términos no pueden ser más lacónicos, había convencido al ciudadano, y una vez resuelto había señalado el plazo, que era el mismo día designado para el matrimonio de Manuela, con el objeto de hacer ruidosa por entero la semana de las dos bodas.

La ilustre novia de la montaña había echado un empréstito demasiado fuerte en las haciendas y en la parroquia, por medio del cual había recogido seis camisonas de zaraza, seis enaguas interiores, seis pañolones, algunos pañuelos y medias, varias sortijas y zarcillos; pero no halló ni un solo par de zapatos á la medida de su pié, porque los de las señoritas Juanita y Clotilde eran pequeños, que no le sirvieron ni para calzarse el dedo gordo del pié derecho, muy abultado á consecuencia de los uñeros que había padecido en el trapiche. Sin embargo, Dimas, que fué á vender unos plátanos á Bogotá, compró los de la horma más grande que pudo hallar en las tiendas del puente de San Francisco, y á pesar de todo, le quedaron muy ajustados. Por lo que hace á la boda, Pia y Melchora se habían preparado del mejor modo posible, habiendo, sobre todo, grande abundancia de carne de la montaña.

Los preparativos de la despensa y repostería de doña Patrocinio eran de lo más asombroso. Los capones, pavos y gallinas habían sido preparados con tiempo, y un marrano muy grande colgaba de las vigas de la despensa; aunque á decir verdad no era marrano, sino la misma marrana de la horqueta, no muy gorda en realidad, por consecuencia de la ley del 18 de mayo.

Marta, que era la madrina de casamiento de Manuela, no había echado empréstito de joyas ni de ropa, ni

había dejado conocer el programa de vestuario que ella y su ahijada habían imaginado.

La casa de doña Patrocinio había sido blanqueada con esmero, y habían vuelto á igualar el suelo de la sala, para los efectos del baile. Dimas había mejorado su casa del Botundo con una especie de enramada cubierta de hojas de palma, con los auxilios de Patrocinio y de Elias, que iban á ser sus padrinos; Dámaso estuvo ayudando por su parte en todo lo que le fué posible.

El proyecto era bailar dos días seguidos en casa de Manuela, y otros dos en casa de Dimas, para lo cual todo estaba preparado.

El señor cura ordenó que el casamiento tuviera lugar en la madrugada, porque tenía que hacer dos administraciones á dos leguas de distancia.

La víspera hubo una completa alborada; Marta y Manuela no durmieron aquella noche esperando la campanada del alba. Desde las dos comenzaron á vestirse, y por cierto que ambas quedaron perfectamente preparadas para los papeles que debían representar en el templo, en la comida y en el baile.

El sacristán abrió la puerta de la iglesia desde las tres de la mañana, y tocó el alba un poco antes de lo acostumbrado. Los goznes de las dos abras crugieron terriblemente al abrirse la puerta, y era imponente la tenue luz de la lámpara que alumbraba el altar, vista á la extremidad del largo cuerpo de la iglesia oscurificada.

El guardian del templo y de sus bienes, enseñado á renovar la lámpara del Sacramento á cualquiera hora de la noche, aunque hubiera cadáveres depositados, estaba atemorizado aquella noche, y se sorprendió mucho con un ruido que oyó sobre la cornisa del altar de las Animas. Encendió en el momento su pequeño farol en la lámpara, y se puso á observar. Parecía que tenía algún temor, ó algún presentimiento; pero la novedad no fué otra cosa que el aleteo de una lechuza que saltaba de las cornisas del altar mayor, medio iluminadas por el resplandor de la lámpara, y se acercaba temerosa al hueco de una ventana; mas esta lechuza no había venido en busca del cebo ó del aceite, sino á matar los ratones que se lo comían.

Concluida la exploración, y después de colocar dos velas en el altar mayor, se situó en el altozano, recostándose en el pretil, iluminado por su linterna, que despedía débiles rayos en contorno de la portada.

Pronto apareció en la esquina la comitiva de los novios. Manuela y Marta llegaron vestidas de cintureras, con trajes propios, pues Manuela había sugerido á su madrina el proyecto de no prestar ni siquiera un par de zarcillos. Tenían pañolones de color de lacre, camisas bordadas de seda negra y enaguas de muselina blanca. Manuela estaba hermosa, pero no brillaba en su rostro la dulce calma de sus mejores días. Cualquiera, menos preocupado que el sacristán, habría notado en aquel rostro placentero y alegre en los días anteriores, una sombra originada por un sobresalto secreto.

Antes de venirse á la iglesia, Marta había visto á su ahijada correr de la ventana de su casa á ocultarse entre la cama; al ir á buscarla, la encontró temblorosa y agitada, y preguntándole qué novedad había ocurrido, le contestó Manuela que acababa de ver una figura muy parecida á la de don Tadeo, que pasando por el lado de la casa de la Víbora se dirigía á la plaza. Marta la convenció de que aquello no podía ser sino una ilusión, y Manuela, aunque asustada, terminó sus preparativos y al salir de la casa le pidió la bendición á su madre.

Los novios y los padrinos se hincaron cerca de la puerta de la iglesia; Manuela se persignó, y seguramente estaba embebecida en alguna oración por la felicidad de su nuevo estado, porque el sacristán tuvo que distraerla con un golpecito en el hombro, para advertirle que iba á principiar la ceremonia sagrada del casamiento; pero al disponer las parejas notaron que Melchora no estaba presente. La buscaron en los costados de la iglesia y en los rincones, y no pareciendo por allí, Marta y el sacristán salieron á buscarla fuera de la iglesia, mientras que en el templo se cruzaban los cuchicheos.

— ¿Qué será de mi ahijada? decía la madrina de Melchora á su ahijado Dimas.

— ¿No venía junto con Vd. al comenzar la cuadra? le preguntó Dimas en vez de contestar.

— Hasta las inmediaciones del altozano venía con nosotras.

— Pero ya Vd. ve que no parece, y si es que se ha arrepentido, su gusto es honra y...

— No diga eso, ahijado de mi alma, cuando la más empeñada ha sido la pobre de mi ahijada.

— Pues entonces... ¡quién sabe! dijo el novio de la montaña con una serenidad admirable en tales circunstancias.

El cura permanecía callado con el ritual en la mano; en el grupo de novios y padrinos, en el que solo faltaban Marta y Melchora, todos se manifestaban sorprendidos; entre la gente que rodeaba á los actores, algunos se sonreían por la ocurrencia de la deserción, y los muchachos ó chinos comenzaban á hallar pábulo para sus truhanerías; pero una mirada del virtuoso cura bastó para ponerlos en orden.

Los padrinos y los novios estaban vestidos á todo costo: Elias y su ahijado vestían chaqueta y sobre ella tenían las ruanas de hilo que les habían dado en préstamo los patronos del Retiro; y sobre todo, Manuela, en su traje de cinturera, era la reina del pueblo.

No faltaba, pues, sino la novia de Dimas para dar principio á la ceremonia.

Veniamos el resultado de la comisión de Marta y el sa-

cristan. Alumbrando con el farol á una parte y á otra, encontraron al fin á Melchora, sentada al pié de la pared de la iglesia por el lado de la calle, y Marta le preguntó con sobresalto:

— ¿Qué le ha sucedido, cristiana?

— Nada, le contestó la novia de la montaña.

— ¿Cómo nada? replicó Marta, ¿no vé que allá están todos detenidos por Vd.? ¡No sea así, Melchora, por Dios santo y bendito!

— ¿Y qué quería que hiciera si el zapato se me zafó y no ha querido entrar ni por todos los diablos?

Marta se agachó para acomodarle el zapato, y conseguido esto, se presentó en la iglesia algunos momentos después, conduciendo á la desertora. El sacristán arregló entonces la formación para dar principio á la ceremonia.

Manuela, que había tenido vagos presentimientos ó anuncios del corazón, como ella decía, de alguna desgracia imprevista que la amenazaba, recordó ciertos indicios fatales y le hizo notar á Dámaso que entre los concurrentes á la función no había una sola persona del partido *gamonalicio*; pero este le replicó que no por eso dejarían de quedar bien casados, y que se dejara de estar pensando en bagatelas.

Ya había llegado el momento en que Dámaso y Manuela iban á quedar unidos para siempre, cuando sonó el terrible golpe de las campanas tocando á fuego, y de la mitad de la plaza se levantó una voz penetrante y lastimosa que decía:

— ¡Se queman los novios, se queman los novios!

Las parejas de los desposados se separaron desalentadamente, y trataron de correr, sin saber para qué lado.

Los primeros que intentaron ganar el altozano, se volvieron para el centro de la iglesia, diciendo que la puerta estaba cerrada por fuera con cerrojo; y entre tanto la palmicha encendida comenzaba á caer; el toque de las campanas seguía aturdiendo los oídos, y los lamentos, las carreras y la desesperación formaban un tumulto horroroso dentro del recinto sagrado de la oración y la quietud.

— ¡Sálvese por la ventana de la sacristía! gritó el cura; y arrodillado al pié del altar siguió pronunciando estas palabras: ¡Dios de piedad! ¡Dios de misericordia, apartad esta desgracia terrible que amenaza á mis feligreses!

El humo comenzaba á oscurecer toda la iglesia, cuando rompiendo los balaustres de la ventana, se arrojó Dámaso al patio de la casa inmediata, y recibió á Manuela para llevarla á un sitio menos expuesto; pero las llamas hacían más estrago en la frontera de la casa que daba al lado de la calle, y se detuvo un momento á observar la parte menos peligrosa de los sitios que estaban invadidos por el fuego.

El incendio había principiado al mismo tiempo por la iglesia y por la casa de don Blas, y en todas partes se levantaban las llamas como en una roza. El crepúsculo matutino retocado con los reflejos de la llama, formaba una especie de atmósfera rojiza de lo más espantoso; los gritos de los vecinos que comenzaban á apagar algunos tramos, acompañados del toque de las campanas y de algunos estallidos que salían de las piezas, no tenían término de comparación. Las gentes que se iban bajando por las ventanas buscaban su salvación por el lado del corral de la casa, porque de ese lado no se advertía que hubiese fuego, pero era menester saltar algunas paredes para llegar á la calle. Dámaso, después de un instante de indecisión, prefirió atravesar el zaguan, aunque comenzaba á ser invadido, y corría con su novia en los brazos, á tiempo que se desprendió un pedazo del techo abrasado por las llamas. El fuego rodó sobre la ropa de Manuela, que hubiera sido víctima de este nuevo incendio, si Dámaso no lo hubiera apagado con sus propias manos.

El portón estaba cerrado, y poniendo el intrépido jóven su preciosa carga en el suelo, se esforzó en violentar el obstáculo, lo que logró á los dos empujones; pero á todo esto Manuela no respiraba ni se movía. Dámaso la levantó para sacarla á la calle, en donde la contempló por un instante, y dando un grito de dolor corrió con ella á la primera puerta que halló abierta, en donde estaban Marta, que se había salvado por otra parte, y algunas mujeres de la parroquia lamentándose de la suerte de los novios y exhortando á los hombres á que apagaran el fuego.

Ya las campanas habían callado, y este silencio era más horroroso, porque era el indicio de que ya el campanario había sido consumido.

Las llamas bramaban en la casa de don Blas, en pos de los que arrancaban la palmicha de los enmaderados. Las figuras de los valientes que trabajaban en la buena obra, parecían espectros al través del incendio. En el patio gritaban algunas personas que no habían podido salvar las paredes ni atravesar el zaguan, que quedó obstruido con un trincher de fuego desde que Dámaso sacó por allí á su adorada prenda; y el cura que presidía los trabajos, daba providencias acertadas para salvar á aquellos desgraciados.

El fuego de la iglesia se apagó, por el arbitrio de poner escaleras y por medio de ellas botar muchas cobijas y piezas de ropa mojadas sobre el empalmichado, de suerte que no padeció sino la parte del frente.

Los esfuerzos que se hacían para apagar la casa de don Blas eran todos sin provecho, porque la palmicha era vieja y estaba mucho más seca que la de la iglesia.

La casa no estaba habitada sino por una mujer pobre que la cuidaba, y aquella noche por el jóven Lucinio y un amigo suyo, que habían llegado tarde y estaban dormidos cuando comenzó el fuego por encima del por-

ton y del lado de la cocina, al mismo tiempo que se levantaban las llamas por junto del campanario, en donde había siempre una escalera de mano. Sus gritos de «¡socorro, socorro!» se habían oído al mismo tiempo que el toque de las campanas, y algunos vecinos que acudieron los sacaron del peligro por la puerta de la sala que daba á la plaza, quedando cerrada la del lado del patio, y les ayudaron á sacar algunos baules y mesas, á tiempo que una voz lejana gritó desde el barzal estas palabras, muy significativas en aquellos momentos: ¡don Tadeo, don Tadeo!...

A pesar de todos los esfuerzos, no se salvaron de la casa sino las piezas de un tramo interior. La luz del 20 de julio iluminó el teatro del mas espantoso drama. El frontispicio de la iglesia estaba quemado; en la mitad de la plaza estaban botados muchos muebles, y de la casa de don Blas no existían sino unas piezas y algunas paredes de bahareque, de las cuales todavía salían algunas plumas de humo; sobre la grama de la plaza y de los ejidos habían amanecido fragmentos de palmicha convertidos en ceniza.

Después del conflicto no aparecían los novios en la escena, con excepción de la novia de la montaña, la cual estaba acabando de apagar unas barandas, con repetidas totumadas de agua. Estaba con medias y sin zapatos; el camison no se sabía de qué color había sido, por el polvo, la humedad y la ceniza de que estaba cubierto.

Entre los varios corrillos que se formaban se distinguían perfectamente los vecinos que habían combatido contra las llamas. Elías empuñaba un machete de rozar y estaba tan tiznado como su ahijada, y fué de notar que de todos los tadeístas era el único que se había expuesto por el bien comun. ¡Tan dañino así es el espíritu de bandería y el odio infernal que abrigan en sus corazones los entusiastas por los partidos! La Víctora se sonreía al ver los escombros y los montones de ceniza, y preguntaba si Manuela se había escapado, y esto á tiempo que en los trajes, en el desgredño y en lo escuálido de las facciones de los manuelistas lo que se veía era el asombro y el dolor mas acerbo. Presentacion tuvo la desfachatez de decir que aquello no había sido sino un castigo del cielo por las persecuciones á su padrastrero, en las cuales había tenido la mayor parte el dueño de la casa quemada.

El cura se mostraba en la escena con su sotana puesta y un sombrero de fieltro negro, y sobre el pecho traía pendiente un crucifijo, porque ciertamente era la hora de estar dividido.

El ciudadano alcalde, que lo era el señor Cruz, el arrendatario de la Hondura, no se había mostrado muy decidido en la buena obra, lo cual dejaba confirmadas las sospechas de que era uno de los brazos secretos del tirano desde tiempo atrás.

Hubo en esta calamidad una cosa muy singular, y fué que de algunos que eran reputados como tadeístas ocultos, ninguno ayudó con decision ni á salvar los muebles de don Blas, ni á apagar la portada de la iglesia, y esto se armonizaba muy bien con las frecuentes peroratas de don Tadeo contra los ricos trapicheros, y contra la iglesia y los ministros del culto. No obstante, Elías se manejó muy bien; pero es tal la desgracia que persigue á los tráfugas, que el hijo de don Blas ni le manifestó su agradecimiento por los últimos servicios luego que estuvieron las cosas en calma.

El cura estaba averiguando la suerte de los padrinos y novios, y preguntó á Paula por Manuela.

— A casa de Marta la metió privada el niño Dámaso, y ya está repuesta; pero se ha quedado como insensata.

— ¡Pobrecita!... ¿Y el novio qué hace á todas estas?

— Salíó para la calle con un puñal debajo de la ruana.

— ¿Y Dimas?

— No se sabe de él.

— ¡Válganos Dios! ¡Qué monton de calamidades en un momento!... ¿Y doña Patrocinio?

— Estuvo tambien ayudando junto con la niña Simona y el marido.

El cura hizo que todos los escombros fueran examinados, temiendo que el novio de la montaña hubiese perecido en las llamas, porque al través del humo y de los relámpagos de la palmicha incendiada, lo había reconocido lidiando como un valiente, con su machete en la mano, desempajando la casa, ya casi envuelto en las llamas que se avanzaban sobre los trabajadores. Pero nada resultó debajo de los escombros que se pareciese á los restos de un cuerpo humano, ni el machete parecía, aunque fuese descabado.

El señor cura se retiró de este sitio fatal, para ir á averiguar el paradero y la situacion de todos los novios, y mandó al sacristan por otra calle; pero al pasar por frente á la tienda de la señora Patrocinio, se detuvo por causa de unas voces que le parecieron extrañas, y parándose en la puerta, oyó las siguientes palabras:

— Poco mas ó menos yo sé dónde puede estar escondido; yo le haré ver lo que soy de enemigo; esta no se la perdono ni á la hora de mi muerte.

— ¿Usted reza el padre nuestro? dijo el cura al novio de Manuela, porque este era el que hablaba.

— Eso por de contado, señor cura.

— Entonces Vd. le pide á Dios que no lo perdone, porque Vd. dice: «perdonanos así como nosotros perdonamos á nuestros deudores.»

— ¿Y podrá yo perdonar á don Tadeo? ¡el hombre que me ha perseguido, el hombre que ha perseguido á Manuela hasta intentar quemarla! porque el hecho de haberle corrido el cerrojo á la puerta de la iglesia, prueba cuál era la intencion de don Tadeo; y á mí lo que me interesa es sacarlo de en medio.

— Si él ha sido, la ley lo castigará á su tiempo, no tenga Vd. cuidado.

— Pero, ¿cuál ley, señor cura? La ley no castiga sino á los infelices en esta parroquia. Los gamonales, los atrevidos, los guapetones, ¿no se salen con todo lo que quieren? Yo he vivido desterrado un año entero; Manuela ha tenido trabajos como llovidos; se ha visto encausada, fugitiva, y últimamente atacada con las llamas al tiempo mismo de tomar estado, ¡y todo esto á esa pobre que no es capaz de hacerle mal á nadie! Yo perdonaría al gamonal de la parroquia como cristiano, para cumplir con el «Padre nuestro,» si las leyes lo castigaran; pero sabiendo que no hay leyes, ¿me pondré yo á perdonar? Si somos tiranizados por ser humildes y buenos cristianos, dejémonos ya de bondades, y hagamos lo que nuestros enemigos hacen.

— Está Vd. muy equivocado, señor Dámaso; y usted desbarra como los hombres que no tienen religion, porque la pasion de la ira arde en el corazon de Vd. sobre la pasion del amor. Un jóven como Vd., arrebatado por las pasiones, no puede fallar sobre lo que le conviene, así como el enfermo de fiebre no puede recetarse á si mismo sin riesgo de envenenarse. Si Vd. tuviera la virtud de la fortaleza, no estaria en este momento sometido á los embates del infortunio como una pluma lo está á la corriente del huracan; porque es la verdad, que si don Tadeo se le presenta en alguna parte, Vd. renuncia al casamiento con Manuela, por el amor á la venganza que lo llevaria á Vd. á un presidio ó á un pais lejano; ¡y cuánto mejor seria que Vd. se dejase guiar por el dictámen de la prudencia, que por el de la ira, que es la mas brutal de todas las pasiones!

Dámaso respiraba con violencia, se tocaba la cintura de la cual pendía un largo puñal; y en lo saltado de los ojos y lo fruncido de la frente revelaba la furia que lo poseía. Sus respetos al cura, á la sociedad y á las autoridades habían cesado; el ruido tremendo de la venganza no le dejaba oír nada que no fuese dictado por las pasiones. Se limpió el sudor de sus megillas y frente con su ruana de algodón, miró con rabia el tizne que el incendio había dejado estampado en ella, y de nuevo se encendieron sus ojos con el fuego de la rabia y de la venganza. Se echó la ruana al hombro, dando un golpe sobre la tabla del mostrador, y pronunció este discurso, á que atendían sin pestañear unos tantos parroquianos, en quienes estaba pintado todo el pavor del incendio que acababa de pasar.

— Puede ser que aquí le levanten un sumario á don Tadeo; pero si esto sucede, lo que dificulto mucho, si lo apresan y lo encausan, el señor cura ha de ver que los hombres humanitarios pondrán sus gritos en el cielo para defenderlo, embrollando las leyes y cohechando á los jueces, y si lo llegan á condenar al presidio, se darán sus trazas para sacarlo de allí; pero de Manuela nadie se compadecerá, ni de los trabajos que ha pasado, ni habrá quien hable de su inocencia, ni en su favor se citarán las leyes, porque eso no se cita sino para defender á los criminales. Y si por una casualidad llega á ir al presidio don Tadeo, todos han de ver que de allí lo sacarán los de su pandilla, ó lo indultará el gobierno, y volverá á esta parroquia á vengarse de todos. Si se me presenta el gamonal de la parroquia, estoy expuesto á no respetar la justicia del cielo, ni los mandamientos de la ley de Dios; porque cuando las cosas se ponen así, es menester hacerse uno justicia con su mano.

— Mida Vd. sus palabras, exclamó el cura horrorizado. Usted ofende á la religion y al gobierno, haciendo entender que la parroquia no es sino una tribu de salvajes.

— ¿Y qué es lo que le falta ó lo que le sobra para no serlo? La libertad que tienen los bribones para hacer cuanto se les da la gana, ¿le parece al señor cura que es cosa de gente ilustrada?

Pasaba el sacristan á la carrera, y el cura lo llamó para informarse del paradero del novio de la montaña.

— Nadie me ha dado razon, respondió, sino la señora Sinfioriana, que me dijo que hacia como hora y media que estando en la puerta de su casa, lo había visto pasar al trote para la montaña, tiznado, y con las orillas de la ruana quemadas.

— Entonces ha parajustado, dijo el cura, haciendo uso de la palabra que emplean los llaneros para significar el acto de huir una tropa de ganado para no parecer en mucho tiempo.

— Quién sabe, dijo el sacristan; y yo lo sentiria muchísimo.

— ¡Y tanto como trabajamos don Demóstenes, el señor don Blas y yo! Hágase en todo la voluntad de Dios.

A este tiempo se oyó una voz que decía:

— ¡El santo Oleo! ¡el santo Oleo! y otros mil gritos anunciaban una calamidad en la calle de la Fragua.

El cura y el sacristan corrieron á la iglesia á sacar lo necesario para administrar la Extremaunción. Los lamentos que oían los condujeron á la sala de la señora Visitacion. Allí encontraron á la persona agonizante en medio de otras muchas que la socorrian.

Era Manuela, que tenía en aquel momento un acceso semejante al que sufrió á la salida del zaguán incendiado. El cuadro era lastimoso: Manuela, sumamente pálida y con los ojos hundidos, se hallaba extendida en una tarima; Marta le sostenía la cabeza y doña Patrocinio le frotaba el pecho con un pañuelo mojado con agua de Colonia. Tenía los labios enciencios, los párpados medio abiertos, y su mirada fija dejaba adivinar que no sentía las caricias de su tierna madre ni las voces de los que la llamaban. Todos los que la rodeaban tenían los ojos fijos en ella, y los semblantes y los vestidos daban la idea mas completa de lo trágico de la

escena, porque las lágrimas corrian sobre las megillas cubiertas de polvo, carbon y ceniza, y los trajes estaban tiznados ó desgarrados.

Las palabras que el sacerdote pronunciaba al tiempo de la aplicacion del aceite sagrado, apenas se distinguían entre los gemidos.

El parasismo había oscurecido la frente de la novia, empañado el brillo de sus ojos y apagado la sonrisa de sus labios, sonrisa que siempre había atraído las miradas de todos. Es verdad que en aquel momento no seducía la belleza de Manuela, sino que mas bien asustaba por el riesgo de su próxima ruina.

La moribunda dió muestras de alguna vitalidad por un estremecimiento inesperado, volvió los ojos á todos lados, y humedeciéndose los labios marchitos por la fiebre, llamó á doña Patrocinio repetidas veces, dejando conocer por el desconcierto de sus palabras que su enfermedad estaba en el cerebro; y después de algunos instantes dijo á su amiga:

— Marta, ¿no le dije esta madrugada que mi corazon me anunciaba una desgracia?

— Es cierto, Manuela, le contestó la compañera de su infancia, tratando de ahogar sus gemidos, por no atormentarla.

— ¡Dámaso de mi vida!... continuó Manuela; ¡Oh! yo no alcanzaré á ver la luz del día de mañana.

Dámaso no pudo responder, y apretando la mano de su prometida, dió á conocer en sus facciones el dolor y la desesperacion que despedazaban su alma.

— Dámaso, volvió á decir la infeliz Manuela, le suplico que perdone al que nos ha perseguido, como yo le he perdonado, y como Dios nos ha de perdonar á los dos.

— ¡Lo perdono! respondió Dámaso, limpiándose las lágrimas que le brotaban al recuerdo de sus persecuciones.

— ¡Dámaso! balbuceó Manuela, apretando la mano de su amigo: la justicia de la tierra nos ha sido contraria; pero esperemos la de Dios.

— Sí, dijo el cura, la de Dios es infalible. Manuela, entréguese Vd. á la misericordia infinita del Creador; renuncie á todas las cosas de la tierra, no piense sino en Dios...

— Si no pensara yo en Dios, dijo Manuela, ¿qué muerte seria la mia?

— La conciencia de Vd. está pura...

— Pero morir sin ser la esposa de Dámaso...

— Lo será Vd., dijo el cura.

Y abreviando allí mismo los preparativos, porque había sacristan, padrinos y testigos, rezó las preces de la iglesia, y volviéndose á Dámaso, que tenía cogida la mano de su moribunda prometida.

— Dámaso Bernal, le preguntó, ¿recibe Vd. á Manuela Valdivia por su legítima esposa?

— Sí, respondió el interrogado, con una mirada llena de amor y de respeto.

— Manuela Valdivia, ¿recibe Vd. por su legítimo esposo á Dámaso Bernal?

— Sí, señor, contestó la moribunda, dejando ver sobre sus ojos un brillo pasajero, y en sus labios amortiguados una ligera sonrisa que se disipó como el reflejo de la luz que pasa por el frente de la puerta de una pieza oscura.

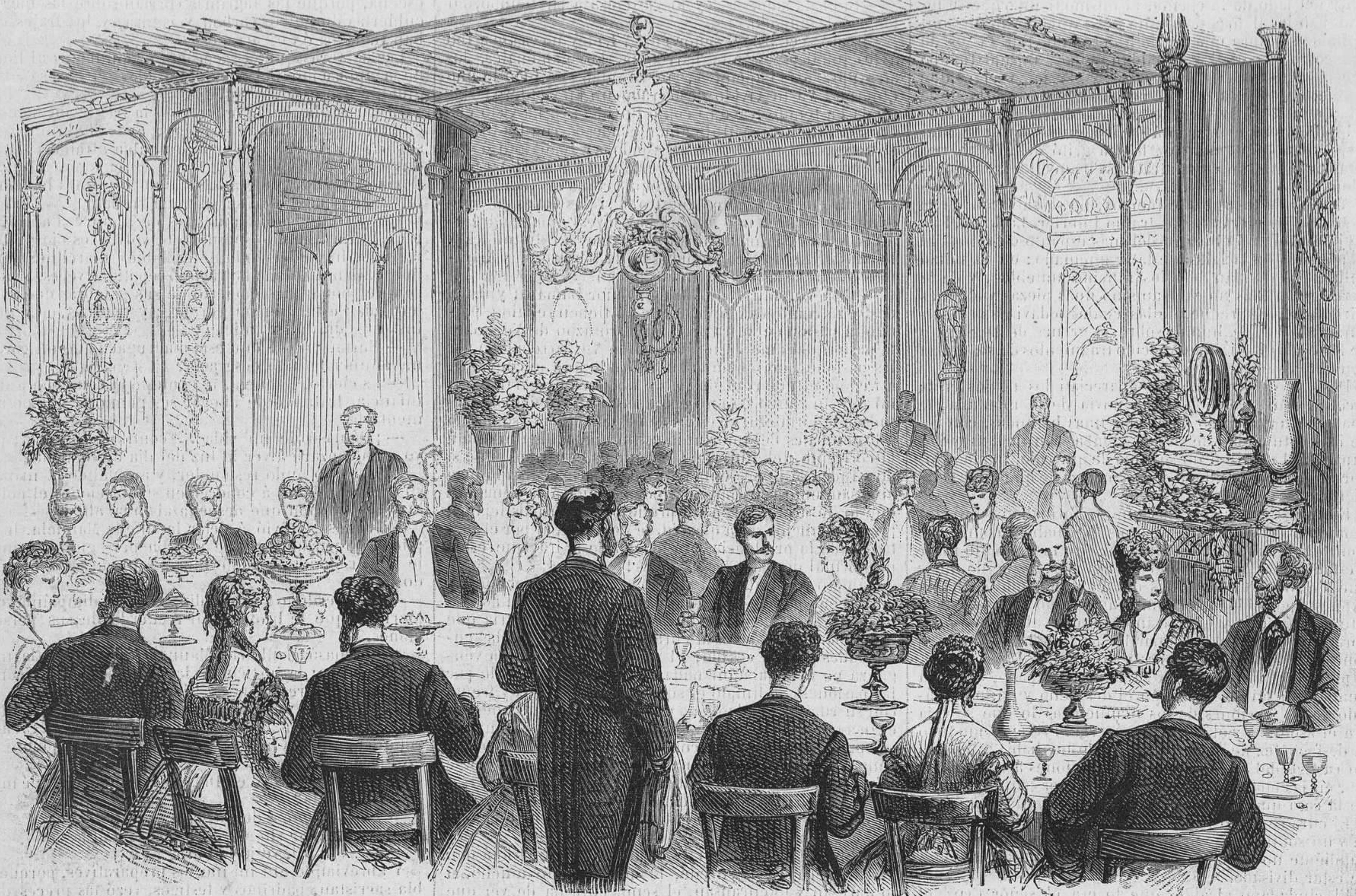
Entonces el cura, levantando la mano y dejando caer la bendicion nupcial sobre el lecho de muerte, unió á Manuela y Dámaso «en nombre de Dios Omnipotente;» y á las palabras de la bendicion añadió: «Parte, alma cristiana, de este mundo,» viendo que la desposada exhalaba ya su último suspiro.

El cable trasatlántico francés.

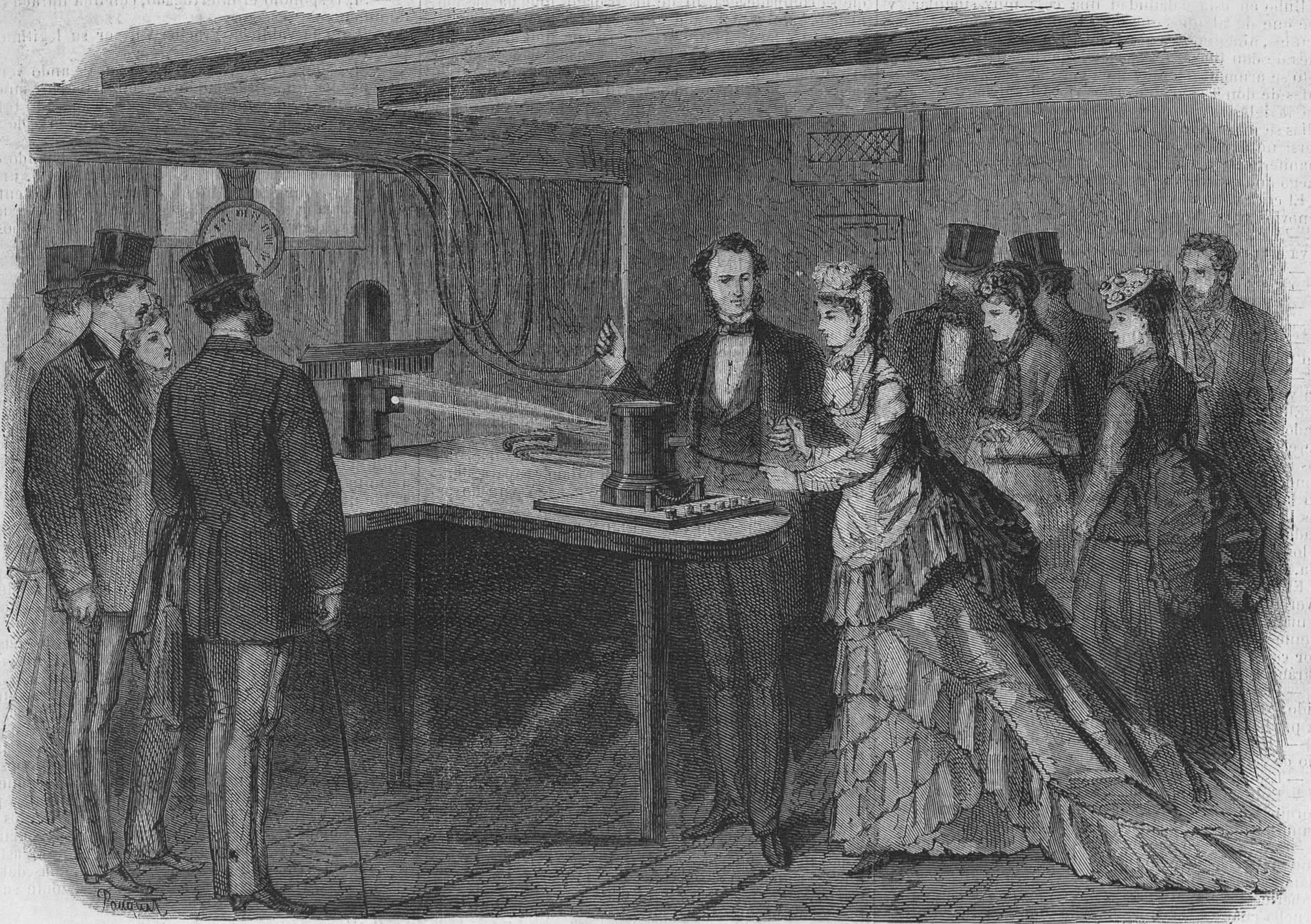
Hace algunos meses el *Correo de Ultramar* (1) publicaba un artículo sobre el *cable trasatlántico francés*, en el cual daba cuenta de la fabricacion del cable y de su instalacion á bordo de los buques que deben colocarle en el fondo del Océano. Esta gigantesca operacion se ha terminado ya: las 8,448 millas (13,596 kilómetros) de cable que deben poner en comunicacion á la Francia con el continente americano, se encuentran á bordo del *Great-Eastern* y de otros tres buques que deben concurrir á la expedicion. Menos de ocho meses han bastado á la compañía inglesa encargada de la construccion para cumplir su obra: todo está pronto ya para la grande expedicion, y el juéves 10 de junio último, una fiesta dada con este motivo por la *Telegraph construction and Maintenance Company*, reunia á bordo del *Great-Eastern* á los principales representantes de esta Compañía, á los de la Sociedad del cable y á los de la prensa.

A las once un tren especial salia de Lóndres con direccion á Stroud, puertecillo situado no lejos de las bocas del Medway, donde había un vapor dispuesto para trasladar á los ciento cincuenta convidados á Sheerness, que era el fondeadero del *Great-Eastern*. En algunos minutos se efectúa el embarco, y el *Steamboat* se pone en marcha; muy luego el rio se ensancha y toma las proporciones de un brazo de mar donde se cruzan los buques en todos sentidos; pasamos á Chatham y descubrimos el imponente panorama de los arsenales y astilleros de construccion que reflejan en las aguas del rio sus altos muros de ladrillos. Luego el horizonte se en-

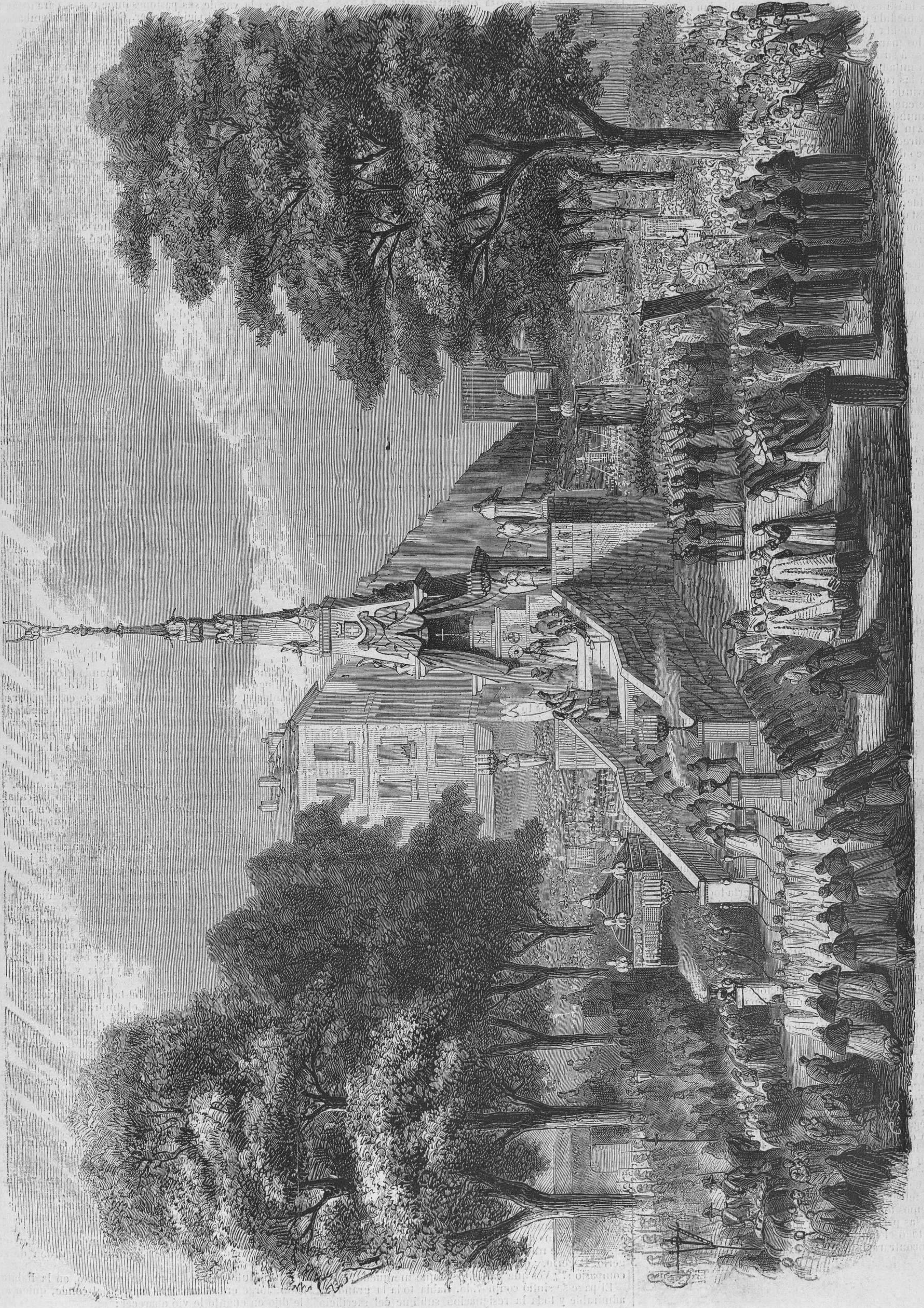
(1) Véase el número 835.



Cable trasatlántico francés. — Fiesta dada á bordo del *Great-Eastern* el 10 de junio: almuerzo en el salon.



Cable trasatlántico francés. — Sir James Anderson explicando á los convidados el mecanismo de los aparatos telegráficos.



MARSELLA. — Procesion conmemorativa de la peste, instituida en 1720.

sancha, la tierra se va alejando, y por fin, doblamos un promontorio y vemos á lo lejos el *Great-Eastern*, cuyos seis mástiles y cuatro chimeneas se dibujan en el cielo.

A medida que la distancia disminuye, podemos darnos cuenta de las colosales proporciones de ese gigante de los mares, y cuando nuestro *Steambot* viene á colocarse á su lado, lo alto de su chimenea alcanza apenas á la mitad de la altura de los tambores donde se mueven las ruedas de 56 piés de diámetro, que ponen en movimiento á esa masa enorme. Subimos la escalera que cuelga de los flancos del buque; muy luego todo el mundo está sobre cubierta, se forman grupos y empiezan las visitas á las diferentes partes del coloso, bajo la dirección de los oficiales. No describiremos aquí el paseo de cerca de dos horas que se necesita para explorar ese universo; esta descripción será objeto de un artículo especial cuyos grabados acabarán de hacerla interesante. Contentémonos entre tanto con hablar del incidente que hoy representamos.

Estamos en el camarote de la electricidad, donde se hallan los instrumentos á cuyo beneficio el buque debe corresponder con la tierra, mientras dure el viaje. El ilustre marino bajo cuya dirección se colocaron los dos cables que ponen en comunicación á la Inglaterra con los Estados Unidos, sir James Anderson, es quien explica á los convidados el mecanismo de los aparatos telegráficos. Estos aparatos, contra lo que se cree generalmente, difieren mucho de los que se emplean en las líneas telegráficas ordinarias. Estos últimos exigen la intervención de corrientes demasiado enérgicas para el inmenso circuito que forma el cable trasatlántico; y así es que emplean un simple galvanómetro, una aguja imantada montada en un eje, y que la corriente eléctrica hace oscilar á derecha ó á izquierda de su posición normal. Las combinaciones de señales con que han logrado hacer un alfabeto completo, permiten cambiar los despachos. Como las oscilaciones de la aguja imantada son muy débiles, han imaginado, para facilitar las observaciones, un mecanismo muy sencillo, y cuyo principio es este: la aguja tiene un espejillo que recibe un rayo de luz procedente de una lámpara, y que refleja este rayo sobre una escala graduada donde forma una pequeña imagen luminosa que va y viene siguiendo todos los movimientos de la aguja: la escala graduada se encuentra á cierta distancia del espejo, y así es que las oscilaciones se observan con la mayor facilidad. Este ingenioso aparato es de tal sensibilidad y precisión, que revela instantáneamente la presencia de la corriente mas débil en el cable, como también la mas mínima pérdida de electricidad que pueda resultar de una falta de continuidad en la cubierta aisladora del alambre conductor. Además, el mismo aparato permite corresponder con una velocidad de trasmisión de diez y seis palabras por minuto, cifras extraordinarias si se piensa que cada letra está representada por un número de oscilaciones de la aguja que varían de una á seis.

Tales son las explicaciones que sir James Anderson da á sus oyentes mostrando la desviación que sufre la imagen luminosa, cuando tocando con una mano el botón de cobre que tiene el aparato, toca con la otra el alambre metálico que corresponde á la extremidad del cable. Luego convida á una de las señoras presentes á que repita con él la experiencia. La rubia inglesa da una mano al capitán, toca con la otra el alambre conductor, y al punto la corriente eléctrica, atravesando el cuerpo de los dos experimentadores, hace desviar de nuevo la aguja, despues de haber recorrido los 10,000 kilómetros de cable que hay dentro del buque. ¡Maravilloso espectáculo!

Sin embargo, la campana nos llama al salón donde espera á los convidados un opíparo almuerzo. Por todas partes las flores realzan los lujosos adornos del salón; y los brillantes trajes de las señoras completan el encantado cuadro.

Una orquesta que está sobre cubierta toca el *God save the Queen*, mientras se sientan á la mesa los convidados. A postres se pronuncian varios discursos y se brinda á la salud de la reina, del emperador y del buen éxito de la empresa. El señor baron Erlanger, fundador de la Sociedad del *Cable trasatlántico francés*, toma despues la palabra para dar gracias á la compañía inglesa, que ha puesto al servicio de los capitales franceses la experiencia consumada de sus directores y los inmensos recursos de un establecimiento único en el mundo. Finalmente, despues de otros discursos y al ruido de los hurras entusiastas de la tripulación, se dispone el regreso á Londres.

Dos dias despues el *Great-Eastern* dejaba su fondeadero con dirección á Portland, donde debe completar su provisión de carbon; y el 19 saldrá de Portland para ir á Brest, en cuyo puerto se encuentra ya otro buque, el *Chiltern*, con el grueso cable terrero. Allí se procederá á la operación de reunir las dos partes del cable, y luego se pondrá en marcha el *Great-Eastern*.

La experiencia adquirida en las anteriores expediciones, la habilidad é inteligencia de los hombres que dirigen el viaje, todo, en una palabra, debe infundir confianza en el buen éxito. Por consiguiente, es de creer que dentro de un mes la Francia estará en comunicación telegráfica con el continente americano.

Hemos tomado nuestras medidas para seguir paso á paso las peripecias de tan memorable expedición, en la que todo el mundo se interesa, y en nuestras columnas se encontrará la relación exacta y circunstanciada del viaje.

L. B.

Procesion conmemorativa

DE LA PESTE DE MARSELLA, INSTITUIDA EN 1720.

El viernes 5 de junio, día de la fiesta del Sagrado Corazón, ha tenido lugar en Marsella la procesion conmemorativa de la peste, instituida en 1720 por Monseñor de Belzunce con el objeto de aplacar la cólera divina y de alejar el terrible azote que diezaba á la población.

En el mandamiento promulgado con este motivo por Monseñor del Belzunce, se leía:

«... Hemos establecido y establecemos en toda nuestra diócesis la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, que en lo sucesivo se celebrará todos los años el viernes que sigue inmediatamente á la octava del Santo Sacramento, para cuyo día se ha fijado ya en varias diócesis de este reino; permitiendo que en ese día se exponga el Santísimo Sacramento todos los años en todas las iglesias de las parroquias de esta ciudad y del resto de nuestra diócesis, en todas las de los barrios del territorio de Marsella, como también en todas las de las comunidades seculares y regulares de toda nuestra diócesis.»

La costumbre de esta piadosa institucion, consagrada despues por una votación del municipio que ha tomado los gastos á su cargo, se ha perpetuado fielmente hasta nuestros dias.

Cada año en esta época el obispo de la diócesis sale en la procesion de la catedral, precedido de su cabildo y de todas las comunidades religiosas, y despues de haber atravesado los principales barrios de la ciudad, se dirige descalzo y con la cuerda al cuello al altar del *Cours Belzunce*, que se eleva enfrente de la estatua conmemorativa del fundador de la obra, y pronuncia una retractación, dando la bendición al pueblo.

Esta fiesta tradicional que nunca se habia celebrado con tanta pompa, habia reunido á toda la población en el *Curs Belzunce*, donde debia tener efecto la ceremonia final. Esta última escena se ve representada en nuestra lámina.

A. D.

La Damisela del Castillo,

CUENTO

POR DON VICTOR BALAGUER.

(Continuacion.)

— Os he dicho que partiérais, Rogerio, exclamó resueltamente, os lo repito, y ahora oid; oid, y para oirme miradme cara á cara. Os he amado como puede amar una mujer, con la virginidad, con el embeleso, con la idolatría de un primer amor, pero decidme, y decidmelo por vuestra honra y conciencia, ¿creéis que pueda yo, la esposa del conde Arnaldo, dirigiros otras palabras que las de: «Partid y sed feliz.»?

Rogerio se calló.

— ¿Creéis que yo, yo, la esposa de otro hombre, proseguió Dulce, aun cuando no sea suya mas que en el nombre, aun cuando ese hombre me haya engañado, ultrajado, vendido, creéis que yo pueda dirigirle á nadie una sola palabra de amor ó de consuelo? ¿Creéis, en fin, añadió como si penetrara en las secretas intenciones del page, que pueda yo partir con vos?... ¡yo!

— Rogerio se estremeció, pero calló también.

— No, vos no lo creéis como yo no lo creo. Podré sufrir, agonizar, morir, pero me quedaré. Mi puesto está aquí como el vuestro está lejos de la mujer que os ha amado y... que os ama aun. ¿Lo entendéis, Rogerio? que os ama aun.

El page hizo un movimiento como para arrojarle hacia ella, pero Dulce le detuvo con la mirada.

— Por esto os dice esta mujer: ¡Adios, Rogerio! ¡Partid! ¡No olvideis, pero partid!

— ¡Dulce! murmuró el page con voz débil y suplicante.

Una febril impaciencia se pintó en el rostro de la damisela que, sin separar la vista, pero acentuando enérgicamente la voz, le dijo al jóven:

— Rogerio: ¿Teneis corazón? Pues entonces partid, partid lejos, muy lejos, donde yo no pueda veros ni saber de vos. ¿No os he dicho que os amaba aun?... ¿qué mas quereis, ni qué mas podeis decirme? Marcados están nuestros deberes, como trazado por el dedo de Dios está nuestro camino. ¡Partid!... ¿Quisiérais mejor que un dia tuviera que inclinarme frente avergonzada y que cayera sobre mí la mancha de la esposa culpable, esa mancha que no se borra jamás aunque se lave con sangre? Verdaderamente, Rogerio, proseguió Dulce con un acento desgarrador, verdaderamente, no teneis piedad ni corazón si no partís, y si no partís perdonando á los que tanto os han dañado como yo los perdono, yo que aquí me quedo, víctima sumisa, mártir obediente, esclava de mi deber y de mi conciencia. ¡Oh! Rogerio, Rogerio, ¿quién de entrambos es mas digno de compasion? ¿Vos que partís, ó yo que me quedo?

El page se sintió conmovido. Habia toda la grandeza admirable y toda la resignación sublime del sacrificio

en aquella mujer que suplicaba con el viril acento de un corazón destrozado pero mudo, de un corazón que aboga la voz de sus pasiones impetuosas, para dejar hablar solo la del rígido deber. Costábale, sin embargo, á Rogerio resolverse. Lo que se le pedia era superior á sus fuerzas, era un sacrificio inmenso despues de un siglo de dolor, era la muerte de todas sus esperanzas despues de una vida toda pasada en alimentarlas.

— ¡Dulce! ¡Dulce! insistió el jóven levantando hacia ella unos ojos que parecían bañarse en un mar de estática dulzura é imprimiendo á sus palabras todo cuanto puede haber de tristeza desgarradora en una voz, de lágrimas amargas ocultas en un acento. ¡Dulce! ¡Dulce! ¿Y qué será de mí en el mundo? ¿Para qué habré pasado yo toda esa eternidad de mas de un año en limar esos hierros y destruir esa bóveda?

— ¿Y yo, Rogerio? Creéis que me espera á mí un lecho de rosas... ¿Y yo, Rogerio, decid, cómo creéis que pudiera yo parecer un dia ante el juicio de Dios? ¿Quereis para el ídolo de vuestros sueños y de vuestra infancia la marca infame del adulterio mejor que la espléndida corona del martirio? ¿Qué será de vos en el mundo decís?... ¿Y de mí? ¿Qué será de mí, enterrada viva en la tumba de este castillo?

Rogerio bajó la cabeza, y una abrasadora lágrima tembló en sus párpados, deslizándose á lo largo de sus megillas.

— Teneis razon, dijo con voz apagada, teneis razon. Debo partir.

Y revistiéndose de valor con la ficticia y poco duradera fuerza de voluntad que le infundieron las palabras y el acento de desgarradora convicción de la damisela, Rogerio impuso silencio á la voz de su alma que gemía muy alto y muy dolorosamente, y acercándose á Dulce cogió una de sus manos que temblaba á impulsos de un estremecimiento nervioso y aplicó en ella un beso de fuego. Un doloroso choque retumbó en el corazón de la jóven que retiró su mano como si en ella hubiese caído una gota de plomo derretido.

— ¡Adios, Dulce! ¡Adios, para siempre! murmuró la voz ahogada y sentimental del page.

Pronunciado este adios con un supremo acento de dolor, Rogerio, bamboleándose como un hombre ébrio, se dirigió hacia la abertura en tanto que Dulce le miraba partir, inmóvil pero pálida como un espectro.

En aquel momento...

Pero nos son indispensables algunas explicaciones previas para saber lo que pasó en aquel momento.

X.

DE COMO TANTAS VECES VA EL CÁNTARO Á LA FUENTE QUE AL FIN SE ROMPE.

Comenzaba á cerrar la noche cuando el conde Arnaldo llegó al castillo seguido de su gente, escuderos y monteros, y de sus cincuenta perros de caza, porque es fuerza saber que el conde era muy lujoso y espléndido en asuntos de montería. Una ensangrentada cabeza de jabalí colgaba del arzon de su silla, pero ni en su rostro ni en los de sus compañeros brillaban la alegría y el contento que otras veces.

En efecto, la caza habia sido poco feliz, y el conde regresaba de un humor insoportable á su morada, así es que, no bien estuvo en el patio, cuando descabalgó á toda prisa y subiéndole la escalera, se entró en su aposento dejándose caer en un sillón sin siquiera despojarse de sus arreos de caza. Teniendo en consideración el carácter del conde, la cosa no era para menos. Habia empleado con toda su gente la mitad de la jornada en perseguir á una condenada jabalina que lograra escapar á todas las persecuciones, deshaciéndose unas veces de los perros que mas de cerca la seguían, burlando otras la astucia de los cazadores, y desapareciendo en fin, y haciéndoles perder la pista como si se la hubiese tragado la tierra. Varios perros habian quedado estropeados y fuera de combate, dos monteros estaban mal heridos. El conde estaba furioso con la jabalina, con sus cazadores, con su jauría y hasta consigo mismo.

Beltran le habia seguido hasta su habitacion y permanecía en pié, inmóvil, en el umbral. El conde le vió al cabo de un largo rato y frunció las cejas:

— ¿Qué haces ahí? exclamó con voz colérica.

— Señor, contestó temblando el servidor, estaba esperando las órdenes de vuestra señoría.

— No quiero nada.

Beltran se inclinó profundamente y se dispuso á salir. El conde dió una furiosa patada en el suelo que hizo volver en redondo al criado.

— ¿Quién te ha dicho que te fueras? gritó el conde amenazándolo con el puño.

— Señor... balbuceó el criado trémulo, como me habiais dicho...

— Yo no he dicho nada.

Beltran se inclinó quedándose clavado en su sitio. El conde permaneció mudo unos instantes.

— Que suba Jorge, ¡en seguida! exclamó por fin sin volver la cabeza y con un acento breve é imperioso que bien daba á entender no admitía dilación.

Beltran partió como un rayo bajando de cuatro en cuatro los escalones para ir á cumplir la orden de su señor.

Un minuto despues, Jorge se presentó en la habitacion. Jorge era el montero mayor del conde, quien así le dijo en cuanto le vió aparecer:

— Que partan en seguida seis hombres, diez, veinte si es necesario. Mándalos apostar en el bosque, que estén en acecho y que no vuelvan sin haber dado con la pista ó sin traer indicios de esa condenada jabalina. Ya estás enterado, vete.

Jorge salió. Demasiado sabía que las órdenes del conde no admitían jamás demora ni réplica. Era su noble señor inflexible como un guante de hierro.

Pocos instantes después de haber salido el montero, los cuernos de caza llamando á recoger los perros, hacían estremecer desde el patio todos los ecos del castillo.

Tres horas hacia lo menos que el conde estaba de regreso, y en lugar de calmarse, su mal humor se había aumentado.

Oyóse repentinamente ruido de pasos precipitados en la antesala, y la puerta de la estancia se abrió. Quien de tal modo llegaba no podía ser otro que Erasmo. Nadie sino él tenía el derecho de penetrar en la cámara del conde sin hacerse anunciar.

Era el mayordomo en efecto.

Al verle, el conde sintió un movimiento de júbilo por hallarse al fin con alguno con quien desfogar su cólera. Así es que, encarándose con él, antes de darle tiempo para pronunciar la menor palabra:

— Gracias al demonio que por fin os veo, señor Erasmo, exclamó. Estoy muy disgustado, estoy furioso con vos. ¡Que no os vuelva á suceder jamás dejar de venir á la caza conmigo!

— Bien, señor, bien, exclamó Erasmo interrumpiendo al conde en mitad de su razonamiento, no me sucederá mas. ¿Pero sabéis lo que pasa? Estamos vendidos.

— ¿Qué hay? preguntó el conde viendo pintada una nueva de importancia en el azorado semblante del mayordomo.

— Que pasando hace un momento por delante de la puerta de la capilla, me han dado intenciones de entrar y he visto...

— ¿Qué has visto?

— He visto abierta la trampa.

— ¿Qué trampa?

— La del subterráneo.

— ¿Qué subterráneo?

— El que sirve de prision al page.

— ¿Pero qué page?... ¿De qué mil demonios me hablas?

En efecto, el conde no se acordaba de nada.

— ¿Es posible, señor?... Habéis olvidado ya al page Rogerio.

— ¿Al que requería de amores á la damisela Dulce antes de ser mi esposa?

— Al mismo.

— Bien, ¿y qué?

— Vos me llamasteis el día de vuestra boda y me dijisteis: «Erasmo, le diremos á esa locuela que el page está en libertad y ausente, pero nos guardaremos de soltarle. Cuando se hayan pasado tres ó cuatro años, entonces... entonces, veremos.» ¿Decid, es esto lo que me dijisteis? ¿Os acordáis ahora?

— Sí, sí, adelante.

— Pues bien, he entrado hace poco en la capilla. Ya sabéis que en el altar mayor hay una trampa que se abre por medio de un resorte y que comunica con uno de los subterráneos del castillo. La trampa estaba abierta.

— ¡Ah!

— Me he introducido por ella. Voces confusas llegaban hasta mis oídos. He ido adelantándome en la sombra poco á poco, cauteloso como una serpiente, y he visto, señor, á vuestra esposa en conversacion con el preso, el cual le tenía cogida y besaba una de sus manos.

— ¡Rayos del cielo!

— Y no es esto todo. Se conoce que el pagecito es travieso, y el hombre encargado de bajarle cada día la comida muy poco avisado. A costa sin duda de trabajos y de esfuerzos sobrehumanos, Rogerio ha abierto un agujero en la pared y este agujero da al campo.

— ¡Ira de Dios! ¡se habrán ya escapado!

Una sardónica sonrisa se dibujó en los labios de Erasmo.

— ¿Por quién me tomáis á mí, señor conde? Antes de venir á avisaros he ido á apostar cuatro hombres en el campo allí donde se abre la brecha, y he dejado á su custodia la puerta de la capilla. Están cogidos en la jaula.

— ¡Oh! me he de vengar cruelmente, exclamó el conde cuyo rostro iluminó un fugaz resplandor de salvaje alegría. ¡Sígueme!

— ¿Qué intentáis?

— ¡Silencio! ¡Sígueme!

Y se salió de la estancia seguido del mayordomo.

Tal es lo que había pasado durante la conversacion de nuestros dos amantes en el subterráneo.

Por esto pues, íbamos diciendo que cuando el jóven, angustiado, herido, despedazado el pecho de dolor, se retiraba obediente á la voz de la mujer que para él lo era todo, vió perfilarse en aquel momento una sombra entre las sombras.

Era el conde que avanzaba, los brazos cruzados, la cabeza alta, los ojos malignos, y vestido aun con su traje de caza, manchado en varias partes por la sangre del jabalí, cuya cabeza, según hemos dicho, había traído colgada del arzon de su silla.

Rogerio lanzó un grito. En cuanto á la damisela, ni siquiera pareció conmoverse, pero quedó tan inmóvil de estupor que cualquiera hubiera podido creerla petrificada.

El conde no dijo por de pronto una sola palabra. Se quedó inmóvil, cruzado de brazos, mirando de hito en hito á su esposa y al page. Vióse entonces asomar detrás del señor de Mongrony el rostro maligno de Erasmo, y detrás de Erasmo seis hombres de armas.

— Señora, dijo el conde rompiendo el silencio y dirigiéndose á Dulce, os habeis adelantado á mis deseos. Pensaba hoy mismo invitaros á bajar á este subterráneo para que presenciárais cómo vuestro esposo sabe administrar justicia.

Dulce no contestó mas que con una mirada, pero fué una mirada llena de dignidad, de orgullo, de soberbia.

— Esa lámpara alumbraba mal, dijo el conde con una calma feroz y señalando la lámpara que Dulce había dejado en el suelo. ¡Luces!

Un instante después, dos hombres llevando antorchas encendidas penetraban en el subterráneo é iluminábanse con rojizos resplandores los rostros de los héroes de aquel drama.

A la sanguinosa luz de las teas, Rogerio paseó su mirada por el subterráneo. A mas del conde y de Erasmo, á mas de los dos que llevaban las antorchas, seis hombres de armas cubiertos de hierro se presentaban á sus ojos.

— ¡Oh! todo lo comprendo, pensó, quieren asesinar-me. Tendré fuerzas para matar á dos, pero los demás me matarán.

Y luego que hubo pensado esto, retrocedió hasta el sitio donde había dejado caer uno de los barrotos de la reja. No tardó en tocarlo con el pié. Entonces permaneció quieto.

— Señora, dijo el conde Arnaldo cogiendo á Dulce de un brazo y arrastrándola hasta un ángulo, venid, venid, yo os colocaré en sitio donde podáis ver el espectáculo.

— ¡Oh! ¿qué vais á hacer? exclamó la pobre jóven con angustia.

— ¡Ya vereis! ¡ya vereis! contestó el conde siempre con la misma calma y la misma risa irónica.

— ¡Ah, quereis asesinarle! gritó Dulce con acento desgarrador.

— No griteis, querida mia, dijo el conde, no deis voces ó me vereis obligado á mandaros poner una mordaza.

Dulce sintió afluir toda su sangre á su cabeza y rostro. Sus ojos parecieron quererle saltar de las órbitas.

— ¡Oh! sí, sí, vais á asesinarle como un infame y mal caballero que sois.

— ¡Adelante, mis valientes! gritó el conde dirigiéndose á los seis hombres. ¡Hágase justicia!

Los hombres de armas se adelantaron espada en mano hácia Rogerio que permanecía inmóvil, como si, resignado á su suerte, no tratara de hacer la menor resistencia.

Dulce dejó escapar un grito, un grito agudo lleno de desesperacion y angustia, y cayó de rodillas abrazándose á los piés del conde.

— Señor, señor, exclamó, lo que vais á hacer es una infamia, una infamia, de que Dios os pedirá cuenta el día de su eterno juicio. ¡Oh! ¡perdon, señor, perdon!

El conde cogió á su esposa por un brazo y trató de levantarla, pero fué en vano. Destrozó la tierna muñeca de la jóven con su mano de hierro, pero no la alzó del suelo.

En aquel momento resonó por bajo las bóvedas un golpe horrible, seguido de un lamento ahogado y del ruido de un cuerpo cayendo en el suelo y haciéndole temblar con el choque de su armadura.

Era que Rogerio, al acercarse sus verdugos y al tenerlos á distancia, se bajó con rapidez, empuñó con ambas manos la barra de hierro, y en seguida, levantándola en alto, descargó un golpe espantoso sobre el primero que se le aproximó. La barra cayó sobre la cabeza del soldado como la maza de un gigante.

— ¡Uno! gritó el page, al verle rodar á sus piés.

— ¡Hola, hola! exclamó el conde siempre con su eterna risita que helaba la sangre de Dulce: ¡hola, hola! el bribon parece que se defiende. ¡Vamos, valientes míos, añadió el conde animando á su gente, despachadme á ese canalla!

Pero no era obra tan fácil como creía el señor de Mongrony. Rogerio se había colocado de espaldas á la pared, y su barra de hierro, que manejaba como una caña, describía círculos á su alrededor, con una prontitud y una celeridad que no daba tiempo á ninguna espada para llegar á su cuerpo. El combate comenzó terrible y encarnizado. Atacaban los unos como tigres, defendíase el page como león, y dábale nuevas fuerzas la presencia de su amada.

Esta, aprisionado su brazo entre las manos del conde, continuaba abrazada á sus rodillas, pero ya no suplicaba; ya no gemía, ya no profería el menor grito. Conociáse que esperaba ansiosa, sin mirarlo, el fin de aquel combate horrible, y cada golpe que retumbaba era una puñalada para su corazón.

Resonó un grito de rabia que fué contestado por otro de triunfo. La barra de hierro del page se había encontrado á su paso con una espada y la había roto en mil pedazos como si fuera de vidrio; en seguida, hallándose con un hombro, lo había cruelmente estropeado. El soldado herido se dejó caer en el suelo dando lastimeros quejidos.

— ¡Dos! murmuró Rogerio.

— ¡Señor, señor! exclamó entonces Dulce levantando hácia el conde un rostro espantosamente desfigurado por la agonía de aquellos momentos, no teneis piedad en hacerme sufrir así. Sois el mas miserable entre los miserables.

— ¡Callad, señora! dijo el conde estrujando el débil brazo de su victima.

Terrible fué el dolor que sintió la damisela, pero no se abrieron sus labios para pronunciar un grito.

En aquel instante, Rogerio que empezaba á sentir cansado su brazo, cambió por un momento de táctica. En vez de defenderse atacó. Avanzó el brazo en línea recta valiéndose de su barrote como de un ariete. Un pecho se halló en mitad de su camino y un hombre fué á caer á seis pasos de distancia, arrojando una bocanada de sangre, y quedando inerte en el suelo.

— ¡Tres! gritó con una exclamacion de júbilo el page. ¡Oh! comienzo á creer que podré escaparme.

Y en efecto, trató, sin dejar de combatir, de dirigirse hácia la reja con objeto de atravesarla y ganar la abertura.

El conde al ver caer á su tercer soldado dejó escapar un verdadero rugido.

— Erasmo, amigo mio, exclamó dirigiéndose al mayordomo que permanecía impasible espectador, será preciso que ayudes á esos cobardes que se dejan vencer por un hombre solo.

El mayordomo desnudó lentamente su espada, una espada de tan buen temple y de tan fino acero que era capaz de abrir las corazas mas fuertes, y se adelantó hácia el lugar de la lucha.

Rogerio acababa de ser herido en el brazo izquierdo y en una pierna, pero el calor del combate le impedía sentir la molestia de sus dos heridas, y firme su diestra, continuaba decargando terribles golpes sobre sus adversarios. Estos, cediendo un poco ante aquella desesperada defensa, le habían permitido llegar hasta la reja, á la cual se había cogido con su mano izquierda. Intentó entonces el page hacer por segunda vez lo que tan bien le había salido la primera, es decir, atacar en vez de defenderse. Bajó el brazo en efecto y lo tendió cuan largo era hácia adelante. La barra halló resistencia y un gemido le contestó, pero casi al mismo tiempo, una espada, describiendo en el aire un semicírculo, bajó silbando como una saeta y cayó rápida como un rayo sobre el brazo extendido de Rogerio. Un grito de dolor y de desesperacion salió de sus labios. Una mano cogida á un barrote cayó al suelo. Rogerio ya solo blandió en el aire su mutilada muñeca de la que se escapaba un surtidor de sangre.

La espada de Erasmo había obrado aquel cambio.

El page se dejó caer de rodillas junto á la reja murmurando con acento ahogado:

— ¡Dulce! ¡Dulce!

Pero Dulce no podía oírle ya. Combatido aquel firme corazón por tan encontradas emociones, despedazado por tan crueles luchas, había acabado por ceder. La condesa yacía exánime á los piés del conde que había soltado su destrozado brazo.

Los hombres de armas, carniceros como todos cuantos se sienten embriagados por el olor de la sangre y el ardor del combate, se arrojaron sobre el page así que le vieron desarmado. Este les presentó por única defensa su brazo mutilado. En tanto Erasmo, cumplida ya su obra y dejando á los demás que le remataran, enjugó su espada, envainóla, y volvió la espalda con una calma de hielo para ir lentamente á ocupar su antiguo sitio de espectador cerca del conde.

Hasta seis veces introdujeron los asesinos su acero en el cuerpo del page. A cada herida que recibía, murmuraba Rogerio con voz que se iba por grados debilitando:

— ¡Dulce! ¡oh, Dulce!

Cuando su mano izquierda soltó la reja á que estaba asido, cuando el infeliz rodó por el suelo acribillado de heridas, su acento, ahogado por el estertor de la agonía, llegó hasta el señor de Mongrony que estaba con el cuerpo inclinado hácia adelante, esperando ansioso el desenlace.

— Conde Arnaldo, te perdono mi muerte, balbuceó el page. ¡Dulce... Dulce... adios!

Y espiró revolcándose en su sangre.

XI.

DE COMO EL HOMBRE PROPONE Y DIOS DISPONE.

La mañana que siguió á esta sangrienta noche se presentó rica de luz y de pompa. El sol se balanceaba en el azúreo horizonte, yendo á amortajar con sus rayos de fuego el cadáver mutilado del page, que había sido expuesto en el glasis del castillo, junto á un poste del cual colgaba un cartel con la siguiente inscripcion: *Justicia del señor de Mongrony.*

Varios campesinos se detuvieron á contemplar este espectáculo, muy frecuente á la verdad y nada extraño en aquellos tiempos, y no faltó quien, reconociendo en el muerto al antiguo page del castillo, Rogerio, tomó á toda prisa el camino de la vecina aldea murmurando:

— ¡Mala nueva, mala nueva voy á dar á la vieja Amaltrudis!

Al llegar nuestro campesino á la aldea, se dirigió á una casita, entre todas la mas pobre quizá y miserable, y llamó con tiento á una puerta medio carcomida, por la que asomó su arrugado rostro una mujer de avanzada edad y vestida de harapos.

— Vecina Amaltrudis, dijo el recién llegado titubeando, en el palacio del castillo ha aparecido esta mañana un cadáver.

— ¡Un cadáver! contestó la vieja. ¿Y qué?

— Que sería bueno que fuérais á verlo.

— ¡Yo! preguntó Amaltrudis sorprendida.

Pero, de pronto, como sintiendo una corazonada, sus ojos se velaron y puso sus trémulas manos entre las del que la habia llamado su vecina.

— Mas de un año hace que no sé de mi Rogerio, amigo mio, le dijo mirándole fijamente.

— ¡Qué demontre! contestó el otro con ruda franqueza, puede que no tardeis en saber.

— ¿Y ese cadáver que me deciais?

— ¡Id á verlo, id á verlo!

Y el campesino se escapó sin añadir mas palabra.

Amaltrudis quedó un rato pensativa y como meditando. En seguida, haciendo un significativo movimiento de hombros, cerró la puerta de su morada y con paso rápido se dirigió hácia la explanada del castillo de La Roca. Halló allí el cadáver y echándose hácia atrás lanzó un grito de dolor. Lo habia reconocido.

— ¡Pobre Rogerio! murmuró.

Y dos lágrimas se deslizaron por sus mejillas. En seguida, murmurando unas palabras extrañas que nadie hubiera podido comprender, se acercó al cuerpo inanimado del jóven, lo tomó en sus brazos sin temor á los ballesteros del castillo que podian tener orden de tirar sobre cualquiera que tocase el cadáver, y cargándose al hombro con una fuerza verdaderamente varonil, se dirigió lentamente hácia el cementerio de la aldea.

Allí, le registró cuidadosamente apoderándose de un rico medallón que colgaba de su cuello, joya de valor que nunca comprendiera el jóven por qué estaba en su poder y por qué su abuela, pobre como era, le exigia

que guardase siempre sobre su pecho como prenda de alto precio. Poco despues, pidió á un sacerdote que acertó á pasar una oracion para el pobre muerto, y concluida, le hizo enterrar en un rincon del cementerio, clavando ella misma sobre la tierra removida una tosca cruz de madera.

Luego de terminados estos detalles, enjugó sus ojos que no habian cesado de verter lágrimas, guardó el medallón que habia hallado sobre el cadáver, y se dirigió en línea recta hácia el castillo de La Roca.

Dióla un brusco empujón el primer hombre de armas con quien tropezó.

— ¡Eh! ¿á dónde va la vieja? dijo con rudeza.

— Quisiera ver al conde Arnaldo, contestó con dulzura la anciana.

— Al conde no le gustan las viejas, exclamó el centinela riéndose de su grosera chanza.

— Ni las brujas, añadió un soldado que acertaba á pasar en aquel momento.

— Sin embargo, insistió la mujer, me interesa hablarle.

— ¡Eh! ¡fuera! dijo el centinela empujando á Amaltrudis que probaba á entrar. Aquí no se entra. Si tenéis que verle, aguardad á que salga.

— ¿Y cuándo saldrá?

— ¡Qué sé yo! hoy ó mañana ó dentro de ocho dias quizá.

— Bueno, dijo la resignada anciana, le esperaré.

Y con una calma que no dejaba de tener algo de dig-

nidad, sentóse en una piedra que habia arimada junto al muro, dispuesta á esperar aun cuando tuviese que estarse allí hasta la consumacion de los siglos.

Aquella misma tarde el conde Arnaldo oyó llamar á la puerta de su estancia, donde se habia retirado desde la escena de la noche anterior y donde habia siempre permanecido, presa de una extraña alucinacion, de un singular delirio, perseguido por una idea fija, sin poderse arrancar del alma, cual si allí se las hubieran grabado con un hierro ardiendo, las palabras de perdon, salidas entre el estertor de la agonía, de los labios trémulos del page Rogerio.

Habia dado orden de que nadie se le presentase, ni aun Erasmo, y que por nada se le interrumpiera. Así es que, al oír llamar, frunció coléricamente sus cejas.

— ¿Quién va? preguntó imprimiendo á su voz un tinte de desagrado.

— Jorge, contestó desde fuera el montero.

— ¡Ah! exclamó el conde que habia olvidado y á quien la voz sola del montero le devolvió su frenesí por la caza recordándole sus últimas órdenes.

Y se apresuró á descender el cerrojo que sujetaba la entallada puerta. Jorge apareció respetuoso en el dintel.

— ¿Qué hay? preguntó el conde.

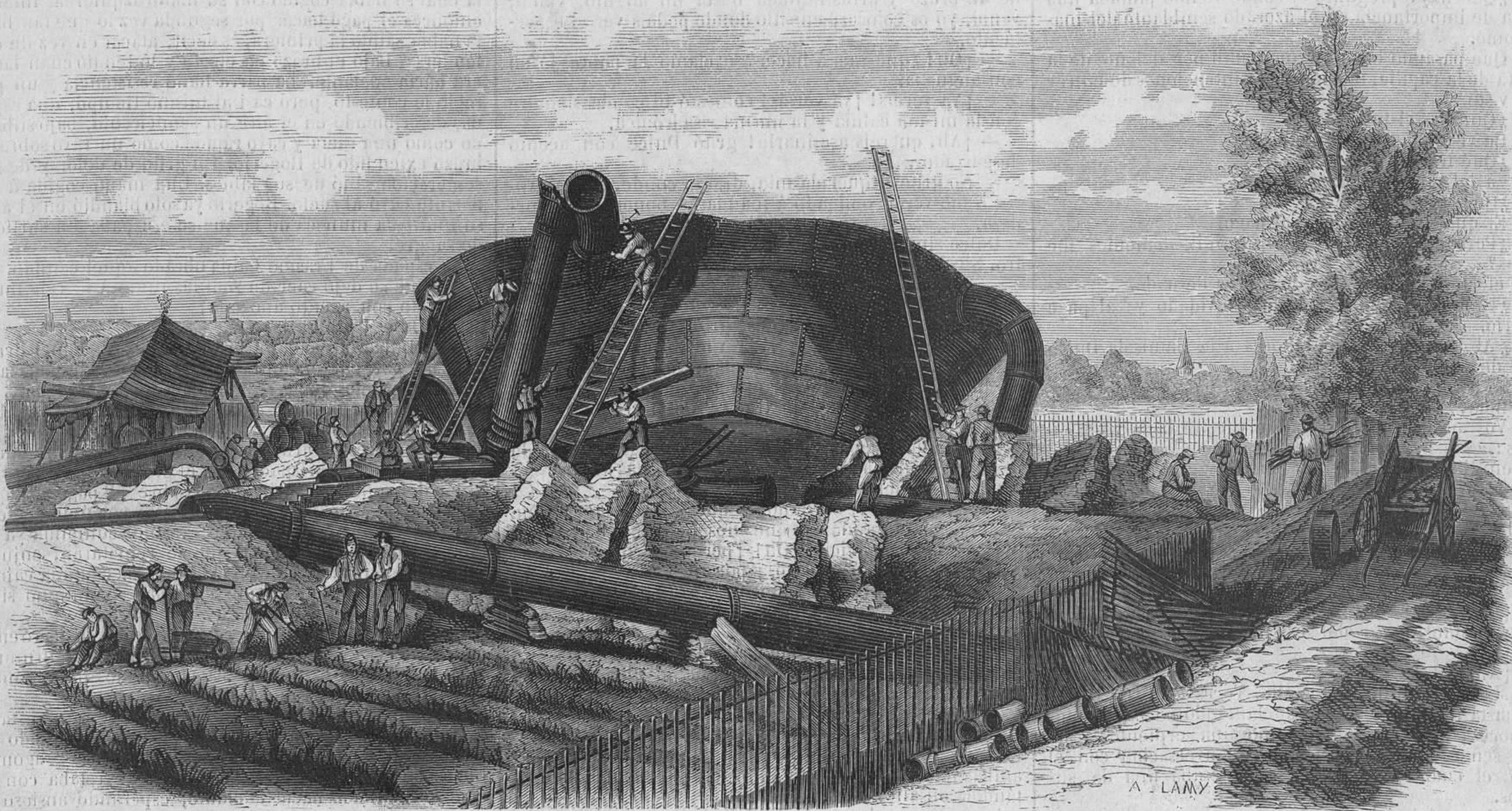
— Señor, se la ha visto, exclamó el montero.

— ¡Ah, se la ha visto!

— Sí, señor.

— ¿Es la misma jabalina?

— La misma.



PARIS. — Llano de Gennevilliers: el receptáculo del gran colector.

Las aguas del gran colector.

Discutiendo las bases esenciales de la agricultura, dijo un día con mucha gracia M. Gasparin: En agricultura uno de sol y uno de lluvia no son dos, sino cuatro. A lo cual respondió un agrónomo: En agricultura uno de tierra vegetal y uno de abono no son dos, sino ocho.

El abono es pues uno de los primeros elementos del trabajo agrícola, y Dios sabe cuántas combinaciones se han hecho en nuestro tiempo para revivificar el suelo empobrecido de la Europa. Desgraciadamente, á veces vamos á buscar muy lejos lo que tenemos á la mano.

Con efecto, por esa ley providencial que inspiró á M. Pierre Leroux su teoría del *Circulus*, sabemos que todo lo que se descompone no se pulveriza sino para servir á fecundar la tierra.

Si, pues existen tantas riquezas en nuestros mas miserables residuos, ¿por qué no utilizar lo que los chinos utilizan tan fructuosamente desde hace miles de años?

En Paris se va á producir esto con las aguas del gran colector. Algunas experiencias preliminares habian ya demostrado que el cultivo de un terreno preparado con las aguas de las alcantarillas daba resultados superiores á los del trabajo ordinario; y estos resultados han provocado una primera aplicacion que un accidente reciente nos permite dar á conocer á nuestros lectores.

El sifon que acaba de romperse en Gennevilliers, presentando el efecto pintoresco que se ve en nuestro dibujo, ofrece precisamente el primer aparato instalado para la conduccion de una parte de las aguas del gran colector á esa zona de las cercanías de Paris. La presa de agua se hace en la boca del gran colector en Asnières, por medio de un tubo que sigue la orilla del rio hasta el puente de Clichy, que atraviesa para llegar al llano de Gennevilliers, donde el agua clarificada entra en el Sena, despues de haber abonado la tierra.

Esto no es mas que una primera operacion, y no sabemos lo que resultará mas tarde del experimento. ¿Ha exigido grandes gastos la aplicacion de esta primera presa de agua? ¿Los resultados obtenidos compensarán los gastos hechos? ¿Seria demasiado costosa la aplicacion del sistema en una vasta escala, para utilizar todas las aguas del gran colector? ¿No se podria hallar un procedimiento mas sencillo? Son otras tantas cuestiones no resueltas aun; pero que tendrán seguramente su solucion, pues si el gran colector ha costado caro, para eso ha creado un producto, un abono que puede mejorar grandemente los cultivos de las cercanías de Paris. Las obras de los primeros ensayos que se van á intentar en Gennevilliers, han sido ejecutadas bajo la direccion de M. Mille, ingeniero en jefe del servicio municipal: muy luego estarán concluidas, y no tardaremos en poder apreciar las ventajas de la laudable tentativa de que hemos hablado.

L. C.

— ¿Dónde?

— En el Pinar negro, á la izquierda y á una legua de la aldea que se levanta al pié del castillo.

— ¿Y crees que estará todavía?

— Sin duda. Estaba muy fatigada, y á mas se la ha cercado de manera que le sea imposible escaparse.

— ¡Oh! entonces á caballo todo el mundo, que toquen los cuernos llamando á la jauría, que se disponga todo; dentro de un cuarto de hora, en marcha.

— Pero, señor, la tarde va á caer y antes de dos horas es ya de noche.

— No importa. Si está muy oscuro pegaremos fuego al bosque para ver mejor. ¡A caballo todos y en seguida! No quiero retardar de un minuto el placer de dar caza á esa condenada jabalina.

Tal era el conde Arnaldo. El entusiasmo de la caza le arrastraba, y en satisfacer este gusto lo cifraba todo. Ya no se acordaba entonces ni de la sangrienta escena de la víspera, ni del page asesinado, ni de su esposa moribunda. Todo habia desaparecido á su vista.

No tardó en presentarse en el patio con todos los arreos de caza, pero por prisa que se diera, ya todos estaban en su puesto aguardándole. Era el conde demasiado temido para que dejasen de ejecutar sus órdenes. Despues de haber estado un momento como buscando con la vista á alguno, se volvió hácia Jorge.

(Se continuará.)